

ESTRUCTURA SOCIAL, DISCURSIVIDAD Y TEORÍA ¹

Alejandro Soltonovich

«Vivir es desviarse constantemente.
Desviarse de tal manera que la confusión
nos impide inclusive saber
de qué nos estamos desviando.»

Franz Kafka

1. INTRODUCCIÓN



*A primera regla, y la más fundamental, consiste en tomar los hechos sociales como cosas.*² Esta predisposición de la conciencia para conservar el rigor en cualquier estudio sociológico contiene un problema importante, que es el de acercarse a la «cosa» que es el Hecho Social preconstruyéndola como objeto, si no todavía discursivo,

¹ En su versión original, este artículo formaba parte, en carácter de «apéndice epistemológico», de la tesina defendida en el marco del programa de Derechos Fundamentales, del doctorado en Derecho impartido en el instituto «Bartolomé de las Casas» de la Universidad Carlos III de Madrid. Dicho trabajo fue defendido bajo el título «El corazón en Oriente. Una aproximación al fenómeno sionista» ante el tribunal conformado por los profesores Dr. Fernando Mariño Menéndez, Dr. Joaquín Herrera y Flores y Dr. Rafael Escudero Alday. A ellos debo mi agradecimiento por sus críticas y sugerencias. Pero es a quien fuera directora de dicha tesina, Prof. Dra. María José Fariñas Dulce, a quien debo mi mayor gratitud, por la atención prestada a este trabajo, pero principalmente por el enérgico estímulo que trabajar con ella implica para el pensamiento crítico.

² E. DURKHEIM: *Las reglas del método sociológico*. Ed. Morata. Madrid, 1986. 5.^a ed.

al menos si como *objeto de discursividad*. Es decir que se trata de una entidad –o un conjunto de ellas (o una ausencia de ellas)– que se convierte en *unidad conceptual* y se transforma en *entidad pensable*, momento a partir del cual es posible elaborar hipótesis e ideas generales que la ubiquen en el universo de los discursos existentes.

En Occidente y desde Platón al menos, las relaciones entre los entes –materiales e ideales– y los conceptos –las unidades discursivas que los representan–, han constituido un problema central en la filosofía. En la actualidad, las consecuencias de una cierta indeterminación continúan despertando polémicas, que han contribuido a que el lenguaje mismo se convirtiera en un objeto central de la filosofía. Así se han ido modificando nuestras concepciones acerca del lenguaje y de su relación con el conocimiento. Persiguiendo diversas formas de acercarse a la relación ente-concepto, la filosofía ha pasado por la *extensión* del pensamiento aristotélico (pasando por las manos de filósofos medievales musulmanes, cristianos y judíos) hasta llegar a estallar como problema en las manos de los principales filósofos burgueses (Kant y Hegel), impugnados por el materialismo dialéctico –que a su vez llegó a olvidar que también él es «un» discurso–.

En el campo de las ciencias duras, más aptas para las simplificaciones epistemológicas que las volátiles ciencias sociales –problema que Durkheim intentara paliar con *Las Reglas del Método Sociológico*– la lucha se entabló entre el Positivismo y el Constructivismo, dos perspectivas cuya tendencia a extremar sus consignas tiende a ocultar, a la primera, su calidad de discurso y, a la segunda, su relación con entidades resistentes a construcciones arbitrarias.

En las páginas que siguen intentaremos explorar otra posición al respecto, situando el debate en un espacio epistemológico que puede denominarse «constructivismo dialéctico»³, es decir, la comprensión de los «hechos» como discursos desarrollados a partir de relaciones históricas y materiales con las entidades acerca de las que discurren. Si algunos valores intelectuales «modernos» como «verdad» y «certeza» quedarán parcialmente impugnados, se abrirán, al mismo tiempo, espacios nuevos de discursividad, recuperándose para las labores analíticas –aunque reubicadas conceptualmente– categorías y teorías útiles para nuestra mente y, ¿por qué no?, queridas para nuestro corazón.

³ A menos que ya esté «patentada» la clasificación para alguna otra corriente interpretativa.



2. DE LA DESVIACIÓN POSITIVISTA EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO DE MARX Y EL PROBLEMA DE LA DETERMINACIÓN ESTRUCTURAL

Para analizar con algún detalle los problemas planteados acerca de la determinación estructural y la capacidad de performance de los discursos políticos y científicos partiremos del análisis del pensamiento de Karl Marx, quien tiene el mérito indudable de ser el primer autor que de un modo sistemático consiguió teorizar las relaciones entre las relaciones materiales de producción y el despliegue de los discursos filosóficos y las teorías científicas. A su vez, dado que no es la obra de Marx en sí misma nuestro objeto de análisis, hemos optado por estudiar con cierta atención un único texto en vez de reunir las ideas dispersas de Marx con respecto a esta cuestión, que no sólo no son pocas, sino que abarcan prácticamente toda su obra, aun en las que concentra su atención en el análisis del modo capitalista de producción. El texto seleccionado, que presentamos aquí traducido desde su edición en inglés, es un fragmento del *Prefacio a una Contribución a la Crítica de la Economía Política*, texto breve pero célebre precisamente porque en él Marx resume, a la manera de corolarios de sus reflexiones previas, muchas de las tesis centrales de su pensamiento, tan fecundas en discípulos como en críticas. Sin la complejidad filosófica de *La Ideología Alemana*; sin la intrincada evolución económica de la dialéctica de *El Capital*⁴; sin la potencia discursiva y desencadenante del *Manifiesto Comunista*; el *Prefacio* presenta en forma ordenada y económica una serie de postulados cuya apretada ilación recíproca llega a velar la complejidad de cada uno de ellos, así como de los conceptos que los conforman. No obstante, precisamente lo apretado de su trama lo convierte en un texto ideal para evitar la dispersión que suele caracterizar a muchos cuerpos teóricos sociológicos y esta condensación, a los efectos analíticos que perseguimos, compensa ampliamente la relativa ausencia de fundamentación de cada postulado, sobre todo cuando se trata de analizarlo como discurso plausible y no como verdad infalible. A partir del *Prefacio*, y en particular del fragmento seleccionado, puede seguirse la evolución de los conceptos establecidos con mayor faci-

⁴ Resulta interesante atender a las críticas divergentes pero igualmente importantes de E. MANDEL (*Iniciación a la economía marxista*. Nova Terra, Barcelona, 1975) y de SCHUMPETER (en un estudio preliminar publicado precediendo a la edición de *El Capital* que se indica) al modo de exposición de la teoría económica de este texto.

lidad que en los textos más específicos –en donde muchos de estos postulados encuentran su fundamentación o son tratados, por el contrario, en forma tácita o tangencial– así como con mayor precisión que en los textos en los cuales estos postulados son utilizados más bien como llaves teóricas que como objetos de estudio en sí mismos.

El desarrollo de nuestro análisis con relación al texto escogido es sistemático, pues lo hemos fragmentado y reconstruido de manera que los postulados y los conceptos pudieran ser tratados lo más ordenadamente posible, a los efectos de mantener la atención sobre los puntos particulares sin perder de vista el conjunto del texto, que no tiene desperdicio. Hemos aprovechado las fisuras teóricas, en particular lo que hemos denominado la «Desviación Positivista», para introducir nuestra crítica al sistema presentado sucintamente, al mismo tiempo que para acercar conceptos que permitan completarlo de otra manera, introduciendo categorías que, lo anticipamos, se relacionan con el «uso» social de los discursos, es decir, con los efectos que las ideas, en la forma de prácticas discursivas, tienen en el espacio de las relaciones sociales que hacen a los mecanismos de reproducción social, vale decir, en relación con su capacidad performativa. En cuanto a esta «Desviación Positivista», advertiremos que sus efectos son tanto teóricos, afectando a la estructura general de la teoría sociológica marxista, como discursivo-prácticos. El carácter «positivista» no deberá ser entendido en relación con el discurso científico que se sustenta en una importante tradición filosófica, ligada al empirismo y a la comprobación metódica de los postulados, ni mucho menos deberá ser confundida con la tendencia jurídica así denominada, que centra su atención en los elementos jurídicos en tanto se encuentren sancionados efectivamente, en una discusión que no nos es del todo ajena, pues esta tendencia se fija en aquellos discursos que, por definición, tienen efectos sociales concretos. Por el contrario, entenderemos al positivismo en su forma más general e históricamente precedente, vale decir, al movimiento positivista en tanto Filosofía de la Historia, comprendida como un conjunto de mecanismos tendentes al progreso de las sociedades humanas. Dicha filosofía no está de ningún modo acabada, y en muchos aspectos, en particular en el pensamiento económico, continúa siendo predominante ⁵.

⁵ El desarrollo de diferentes «filosofías de la historia» nos resulta muy familiar, pues se trata de discursos esenciales en las culturas desarrolladas a partir de la matriz judía, y ello contribuye a que



Podrá reconstruirse con facilidad el camino que hemos seguido en este análisis, aunque omitimos la fragmentación a la que originalmente sometimos el texto⁶, pues la lectura se volvería tediosa y el análisis demasiado disperso. Por ello hemos reunido los sintagmas analizados en párrafos completos, en donde los corchetes numerados y el orden de los comentarios advierten, no obstante, de esta configuración analítica original.

La profundidad y complejidad de los problemas que habrán de plantearse nos eximen acaso de presentar conclusiones que no sean más que aproximaciones preliminares. Pero no pueden estos problemas dejar de enfrentarse ni dejarse permanentemente a la opinión particular si se pretende avanzar en cuestiones de primera importancia en el pensamiento sociológico, en particular en corrientes que por su trascendencia llegaron a afectar las vidas de buena parte de la población del planeta, en una tendencia política además de científica –¡y cual no lo será!– cuyos reclamos originales continúan abiertos aun debajo de las profundas transformaciones acaecidas en el siglo y medio que dista desde la publicación del *Prefacio*, y en el que el propio marxismo no representó un factor menor.

Presentamos en primer lugar el fragmento completo para facilitar la lectura del conjunto –que de otro modo se perderá fácilmente de vista, para pasar luego al análisis más pormenorizado de las ideas y los conceptos que incluye, muchos de los cuales conservan plenamente su capacidad explicativa:

«En la producción social de su existencia, los hombres entran en definidas, necesarias relaciones, las cuales son independientes de su voluntad, llamadas relaciones de producción, correspondientes a una determinada etapa de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el cual se levanta la superestructura, y al cual corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona los procesos sociales, políticos e intelectuales de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino que, por el contrario, es su ser social lo que determina su conciencia. En un

a menudo dicha ética de la historia se vuelva casi invisible, «natural». No obstante, se trata de una característica no universal en las culturas humanas, y se encuentra íntimamente ligada a las nociones de Destino y de Progreso.

⁶ Debemos el aprendizaje de los rudimentos de esta metodología a F. FISCHMAN, de la Universidad de Buenos Aires y la Indiana University, antropólogo especializado en el análisis del discurso. Aunque los errores en su aplicación nos pertenezcan, no podemos dejar de mencionarlo como fuente directa.

cierto grado de su desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o –lo que es meramente una expresión legal de lo mismo– con las relaciones de propiedad al interior del almacén en el cual hasta entonces habían operado. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas esas relaciones se convierten en sus cadenas. En ese momento comienza una era de revolución social. Con el cambio del fundamento económico toda la inmensa superestructura es más lenta o más rápidamente transformada. En consideración a estas transformaciones siempre es necesario distinguir entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que puede ser determinada con la precisión de una ciencia natural, y las formas legales, políticas, religiosas artísticas o filosóficas, en resumen, las formas ideológicas en las cuales los hombres devienen conscientes de este conflicto y lo pelean de manera expuesta. Así como no se juzga a un individuo por como piensa él de sí mismo, no se puede juzgar una tal época de transformación por su conciencia, sino, por el contrario, esa conciencia debe ser explicada desde las contradicciones de la vida material, desde el conflicto existente entre las fuerzas sociales de producción y las relaciones de producción. Un orden social nunca perece antes de que todas las fuerzas productivas para las cuales es suficientemente extenso hayan sido desenvueltas, y nuevas y superiores relaciones de producción nunca reemplazan a las viejas antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la matriz de la vieja sociedad. Así que la humanidad inevitablemente juega sólo con aquellas tareas que puede resolver, desde que un examen minucioso mostrará siempre que la propia tarea se plantea sólo cuando las condiciones materiales para su solución ya están presentes o al menos en proceso de formación. En líneas generales, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués pueden ser designados como épocas progresivas de orden socio-económico. Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso de producción social, antagónica no en el sentido de un antagonismo individual sino de un antagonismo que emerge de las condiciones sociales de existencia de los individuos; pero simultáneamente las fuerzas productivas que se desenvuelven en la matriz de la sociedad burguesa crean las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. La prehistoria de la sociedad humana, por lo tanto, se cierra con esta formación social.»⁷

⁷ «In the social production of their existence, men enter into definite, necessary relations, which are independent of their will, namely, relations of production corresponding to a determinate stage of development of their material forces of production. The totality of these relations of production constitutes the economic structure of society, the real foundation on which there arises a legal and political superstructure and to which there correspond definite forms of social consciousness. The mode of production of material life conditions the social, political and intellectual life-process in general. It is not the consciousness of men that determines their being, but on the contrary it is their social being that determines their consciousness. At a certain stage of their development, the material

En la producción social de su existencia [1], los hombres entran en definidas, necesarias relaciones, las cuales son independientes de su voluntad [2], llamadas relaciones de producción [3], correspondientes a una determinada etapa de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción [4].

[1] Marx entiende aquí, sin más explicaciones, que no es posible otra forma de producción de la existencia para «los hombres» que no sea social. El carácter de resumen de conclusiones que presenta este fragmento permite esta falta de extensión sobre un aspecto que es característico en el pensamiento marxista, en contraposición con el modelo atomista del liberalismo clásico; la vida de los hombres hecha por los hombres y entre los hombres no es una innovación, sino acaso una renovación de la *Polis*, elevada a un nuevo nivel. También Durkheim dedica su atención a este fenómeno, al que entiende como «división social del trabajo», y que ha encontrado una extensión algo más difusa en la «división internacional del trabajo». Por ello, aunque se llegue a dudar de la necesidad primitiva de estas relaciones, difícilmente podrá negarse hoy en día que la producción de la mayor parte

productive forces of society come into conflict with the existing relations of production or –what is merely a legal expression for the same thing– with the property relations within the framework of which they have hitherto operated. From forms of development of the productive forces these relations turn into their fetters. At that point an era of social revolution begins. With the change in the economic foundation the whole immense superstructure is more slowly or more rapidly transformed. In considering such transformations it is always necessary to distinguish between the material transformation of the economic conditions of production, which can be determined with the precision of natural science, and the legal, political, religious, artistic or philosophic, in short, ideological, forms in which men become conscious of this conflict and fight it out. Just as one does not judge an individual by what he thinks about himself, so one cannot judge such an epoch of transformation by its consciousness, but, on the contrary, this consciousness must be explained from the contradictions of material life, from the existing conflict between the social forces of production and the relations of production. A social order never perishes before all the productive forces for which it is broadly sufficient have been developed, and new superior relations of production never replace older ones before the material conditions for their existence have matured within the womb of the old society. Mankind thus inevitably sets itself only such tasks as it can solve, since closer examination will always show that the task itself arises only when the material conditions for its solution are already present or at least in the process of formation. In broad outline, the Asian, ancient, feudal and modern bourgeois modes of production, may be designated as progressive epochs of the socio-economic order. The bourgeois relations of production are the last antagonistic form of the social process of production –antagonistic not in the sense of an individual antagonism but of an antagonism growing out of the social conditions of existence of individuals; but the productive forces developing in the womb of bourgeois society simultaneously create the material conditions for the solution of this antagonism. The prehistory of human society therefore closes with this social formation». K. MARX: *Preface to A contribution to a critique of the political economy*. Foreign Languages Press. Pekín, 1976. Prepared © for the Internet by David J. Romagnolo, (June 1997)– pp. 3–5.

de los bienes y servicios producidos se desarrolla en el marco de relaciones sociales necesarias.

[2] La independencia de la voluntad refuerza el carácter de necesidad de las relaciones sociales de producción en un nuevo nivel y en buena medida las naturaliza, sustrayéndolas, en principio, de la capacidad decisoria de los hombres. Ello no parece un obstáculo para que, posteriormente, la voluntad de los hombres las reconfigure —siquiera parcialmente— a partir del conocimiento que se obtiene acerca de ellas. Esto es particularmente importante en la ulterior discusión acerca del carácter «determinante» de la estructura económica⁸.

[3] Estas Relaciones de Producción son también los medios sociales de reproducción de la vida individual, pero siempre subordinadas a la necesidad de supervivencia social, razón por la cual Marx las califica rápidamente como «necesarias». Pero, a su vez, son «definidas» en tanto pueden ser identificadas. Ambos adjetivos se refieren, por lo tanto, a niveles diferentes de análisis, uno ontológico, el otro epistemológico, que no deben ser confundidos.

[4] Ya se reconoce, por otra parte, el influjo del pensamiento positivo, que desde Comte al menos comprende la historia como un sendero evolutivo y positivo en un sentido moral y tecnológico. Así se recoge en el marxismo la herencia de la Ilustración, la «vocación» ideológica, convertida en certeza filosófica, por alcanzar un estado superior y más feliz de existencia. Lo que en Marx es el futuro Comunismo, «Reino de la Libertad», «comienzo de la Historia humana», el complejo no antagónico de clases sociales que sucedería a la sociedad burguesa, es en Comte el «estadio positivo». Más pesimista, por ejemplo, pero no por ello menos determinista, esta instancia será para Max Weber el imperio del régimen de dominación burocrático-legal, etapa álgida de la racionalización y la instrumentalización de los mecanismos sociales de integración⁹. Como veremos, la unánime creencia en algún tipo de «sendero histórico» —una creencia comprensible pero no necesaria ni natural y que sólo con los primeros sociólogos intenta explicarse teóricamente—, no dejará de tener graves consecuencias teóricas y, sobre todo, políticas. Este convencimiento positivo será la base de la desviación

⁸ En cualquier caso, la tendencia a la constante expansión que caracteriza a las relaciones capitalistas de producción asegura el constante interés en el descubrimiento de nuevas formas de dominio y control sobre el entorno social y natural de esas mismas relaciones.

⁹ Cfr. M. WEBER: *Economía y Sociedad*, FCE, México, 1992.

ideológica por la cual Marx cae en su propia trampa científica: él mismo se encuentra parcialmente condicionado por las condiciones ideológicas hegemónicas en su tiempo, lo que le impide ver las falencias del positivismo como filosofía de la historia¹⁰.

La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el cual se levanta la superestructura, y al cual corresponden formas definidas de conciencia social [5].

[5] La tesis materialista comienza a tomar forma, estableciendo primero una correspondencia entre la estructura económica y unas «formas definidas de conciencia social». Debe atenderse que en la estructura económica entendida como la «totalidad de esas relaciones de producción» no se cuentan sólo las predominantes (capitalistas, feudales, etc.) sino «todas», es decir, que podrán hallarse en toda sociedad diferentes relaciones de producción¹¹, aunque sólo una será predominante y, en principio, punto de quiebro del sistema que encarna. En forma correspondiente, este fundamento real compuesto se vería coronado por una superestructura también compuesta¹².

El modo de producción de la vida material condiciona los procesos sociales, políticos e intelectuales de la vida en general [7]. No es la con-

¹⁰ Para comprender el alcance profundo de la convicción hegemónica debe repasar al respecto la obra de A. Gramsci, fragmentaria pero sumamente rica y profunda, y que reúne ideas muy agudas en torno al problema de los discursos dominantes y su influencia en el devenir de los conflictos sociales. Gramsci es quizá el primero en desarrollar la tesis según la cual los discursos en pugna o los discursos hegemónicos y contra-hegemónicos desempeñan un papel sustancial y no accesorio en el devenir histórico. A su vez, desde mediados del siglo xx el problema del discurso como medio eficiente ha ganado en importancia como centro de diversas reflexiones, trascendiendo (o degradándose) de la filosofía del lenguaje más general (a partir de Wittgenstein o Austin, por ejemplo) a sus usos más inmediatos e incluso en usos cibernéticos (es decir, de control mecánico. V., p.e., la obra de Luhmann), pasando por la reflexión del «Postmodernismo» (en especial de la escuela pos o neo-marxista francesa y alemana) y hasta en campos intermedios de reflexión (en autores de la Escuela de Frankfurt y en J. Habermas) antes de llegar a la Sociología (M. Castells).

¹¹ Debe considerarse también que el modelo de capitalismo presentado por Marx es prácticamente un resumen general (o un tipo ideal), pero que no comprende todas las formas posibles que adoptan las relaciones capitalistas de producción (v. *infra*).

¹² Cfr. K. MARX, «El 18 Brumario de Luis Bonaparte» en *Karl Marx, Páginas escogidas* ed. Need. Bs. As., 1999. Texto en donde el campesinado constituye una clase importante aunque no forme parte del antagonismo principal. Gramsci también desarrolló este aspecto distinguiendo a las «clases fundamentales», es decir, aquellas que representan a la relación estructural predominante, de otras que no dejan de cumplir funciones sociales importantes y que incluso pueden resultar decisivas en la lucha política al plegar sus fuerzas a una de las clases fundamentales en conflicto. Cfr. Cuadernos de la Cárcel. Ed. Era. Buenos Aires, 1987.

ciencia de los hombres lo que determina su ser, sino que, por el contrario, es su ser social lo que determina su conciencia [8].

[7] El punto clave de este postulado con relación al problema que nos ocupa es ciertamente determinar el grado del alcance del verbo «condicionar», pues no es lo mismo comprenderlo como un condicionamiento exhaustivo, en donde a un modo de producción le corresponde un único marco ideológico posible, que entenderlo como un marco amplio en el que caben diversas variantes. Atendiendo a los análisis de tipo histórico concreto que a menudo realizó Marx, parece claro que es en este segundo sentido, llamémosle de «condicionamiento liminar», pues lo que se fija no es la superestructura en sí, sino sus límites. Debe comprenderlo así, además, pues de otra forma la existencia no tendría salida, ya que sus problemas no podrían siquiera ser pensados. Por otra parte, nuevamente pueden reasociarse estos procesos ideológicos, aunque se encuentren previamente condicionados, con un posterior cambio inducido en las relaciones de producción. Lo que parece cierto, en cualquier caso, es que el acercamiento materialista implicaba luchar con una comprensión plenamente idealista de la historia que hasta entonces había sido predominante. En este último sentido, aun cuando se opine que el materialismo histórico se ha excedido en el grado de condicionamiento que sugiere o postula, no es fácil negar que la introducción del análisis de las relaciones de producción como parte necesaria de la comprensión de lo social es un hito importante para la conformación de las ideas posteriores sobre la historia; constituye –parafraseando a Habermas– un desarrollo intelectual que no debería ser abandonado ¹³.

[8] Esta es quizá la tesis más discutida del conjunto del pensamiento marxista y a la que deberemos prestar mayor atención ¹⁴: De la mala comprensión del sentido de la «determinación», que –según se ha pretendido erróneamente, a nuestro entender, para impugnar el pensamiento marxista– se agota en la superioridad de la «materia» sobre la «conciencia», se desprenden los mayores equívocos, no siempre conducidos con buena fe, pues el pensamiento marxista, sin importar el campo desde el que se lo apreciara, nunca dejó de estar inmediatamente ligado a unas circunstancias

¹³ Cfr. D. BELL, *La sociedad pos-industrial* [1970]. Alianza. Madrid.

¹⁴ D. HELD, en *Modelos de Democracia* (Alianza, Madrid, 1991) encuentra en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, otra expresión análoga: «el hombre no es un ser abstracto situado fuera del mundo. El hombre es el mundo humano, el estado, la sociedad» y desarrolla un apreciable análisis de este problema en la obra de Marx (cap. 4).

políticas. Casi siempre se olvida, quitando esta sentencia de su contexto –y sobre todo del contexto filosófico, signado por el materialismo dialéctico (*i. e.* que no es «sólo» materialismo)– que la «materia» de la que habla Marx no es una determinada configuración atómica o molecular del mundo, sino un conjunto de relaciones sociales, en las que el discurso no deja de ser una parte operativa y fundamental (si bien es cierto que Marx no fija en él su atención, pues debe lidiar aún con la perspectiva en que este elemento era el único tenido en cuenta), sosteniéndose como parte de una dialéctica compleja que exige evitar una supersimplificación del problema, ya sea hecha para encomiar y operacionalizar políticamente la teoría o para denigrarla y (pre)suponer su completa inutilidad. El párrafo siguiente destacará precisamente este hecho relativo a la consistencia social de la estructura. El «ser social» del que habla Marx, es un «ser de relaciones» con un grado de complejidad variable pero siempre bastante amplio. No se trata de un mero «ser» en tanto cosa y, si no es todavía un ser «en sí y para sí»¹⁵, comprende ya los elementos que le permitirán desarrollarse hacia el «para sí» pues, aunque dichas relaciones se establezcan con «independencia de la voluntad», esto no implica en modo alguno que lo hagan con independencia de toda conciencia del propio proceso. De hecho, el materialismo histórico y dialéctico (y más aún el «marxismo» como corriente política) se postula a sí mismo como esta «toma de conciencia», apoyándose principalmente en el desarrollo de la economía política inglesa y en las impugnaciones, correcciones y ampliaciones que a ésta pudieran hacerse desde los aportes de la filosofía alemana hegeliana y poshegeliana¹⁶. Una relativa indeterminación flota sobre «los hombres» cuya conciencia se supone determinada por su ser social: ¿Se trata de las ideas de cada hombre en particular? ¿Se trata de las ideas que corresponderían a los hombres de cada clase o de las clases antagónicas principales? Para que la indeterminación se diluya, siquiera parcialmente, debe atenderse a que todo el mecanismo teórico funciona en un universo histórico, es decir: móvil, tanto espacial como temporalmente, en el cual no hay elementos invariantes. Ocurre entonces que «los hombres» son «todos los hombres», pero no todos los hombres por igual,

¹⁵ Marx toma esta compleja denominación filosófica directamente de HEGEL (p. e. *Filosofía del Derecho*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1955), pero siempre dentro de la profunda crítica que, junto con F. Engels, desarrollara de a la filosofía clásica alemana.

¹⁶ Cfr. K. MARX Y F. ENGELS, *La ideología Alemana*. L'eina, Barcelona, 1988. Y también Lenin: *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*. Ed. Informática 2001. marx2mao.org.

sino cada hombre y cada conjunto de hombres en su contexto biográfico e histórico particular¹⁷, del cual son, a su vez la materia misma del desarrollo. Hasta cierto punto, salvando una distancia que los puristas metodológicos considerarán seguramente infinita, los hombres, como entidad genérica, son la variable independiente del pensamiento marxista en general, pues todo lo demás cambia y se consume por sus propias contradicciones internas, mientras que la humanidad permanece. Sin embargo, «los hombres» es todavía una variable y no una constante y ¿dónde encontraremos los cambios dimensionables de esta variable? Precisamente en el lugar que ocupe en las relaciones de producción existentes y en la ideología como conjunto de factores intelectuales que cada uno sostenga. Estas son las dimensiones de una variable cuyos elementos particulares aparecen y se desenvuelven a su vez en condiciones particulares que, en líneas generales, les preceden y son ajenas a su voluntad. En este sentido el pensamiento marxista parece sólido y riguroso: cada hombre como particular carece de la capacidad de seleccionar o modificar *a priori* las condiciones sociales a las que es integrado, por cuanto no elige ni el momento ni el lugar de su nacimiento¹⁸. Por tanto, parece cierto que el Ser social determina la conciencia de los hombres al menos en este importante aspecto: que cada hombre es parte de un contexto histórico específico del que no puede prescindir para explicarse a sí mismo o a sus circunstancias, ni tampoco para entablar relaciones con sus semejantes. Y el lenguaje y las distintas formas comunicacionales conexas no son partes menos determinantes en este aspecto. Pero ello no implica que las mentes estén armadas como un circuito integrado en forma directa y unidireccional, pues dentro de cualquier momento histórico hay variantes ideológicas en pugna que ponen a prueba las mentes y les obligan a ejercitar sus facultades creativas en algún grado, y en cada instancia particular confluyen tradiciones culturales que dan una forma discursiva diferente incluso a situaciones que la teoría llega a considerar análogas. Y, precisamente, para el marxismo es esta «pugna», que adopta siempre alguna forma dis-

¹⁷ Ch. WRIGHT MILL en *La imaginación Sociológica* (FCE, México, 1987) ha destacado la tensión constitutiva de la relación entre biografía e historia, que son –agregaríamos– prácticas reconstruidas no sólo como discursos, sino principalmente como tipos particulares de metarelatos (cuando no directamente de relatos) en contextos y con objetivos altamente determinativos en el desarrollo de los mismos.

¹⁸ Ni prácticamente ninguna de las condiciones de integración: Marx habría sonreído (como lo seguimos haciendo algunos sociólogos) al oír hablar con excesiva liviandad acerca de las posibilidades reales de la «autonomía individual» y las posibilidades de cada sujeto de «elegir una forma de vida», aun en las sociedades económicamente más desarrolladas y en las más equitativas.

cursiva, el motor mismo del cambio histórico. Nuevamente, entonces, el ser social marcaría los límites dentro de los cuales la conciencia puede variar y variarse, más que representar un condicionamiento fuerte e indestructible de la personalidad. Las posibilidades de actuar frente al condicionamiento encontrarán algún espacio unos párrafos más abajo (V. [11] y [12]), pero es cierto, lo repetimos, que Marx no fijó su atención en este punto, pues sus necesidades teóricas lo empujaban en otra dirección¹⁹.

En un cierto grado de su desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o –lo que es meramente una expresión legal de lo mismo– con las relaciones de propiedad al interior del almacén en el cual hasta entonces habían operado [9]. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas esas relaciones se convierten en sus cadenas. En ese momento comienza una era de revolución social [10].

[9] Marx propone esta fórmula que esconde un principio fundamental: que la lucha de clases es el auténtico motor de la historia, ese tiempo–espacio proteico en que cada hombre aparece y se desenvuelve. Si efectivamente se acepta definir a las clases como formaciones sociales adscritas a una determinada relación con los medios sociales de producción²⁰ –siendo siempre el principal de ellos la fuerza humana de trabajo²¹– es claro que

¹⁹ Pedirle toda respuesta a Marx es un error imperdonable para un marxista, pues implica olvidar un principio fundamental: dado que la historia ha avanzado después de Marx (e integrando a Marx, siendo modificada por su pensamiento y acción) es evidente que su pensamiento no puede, sin modificaciones, servir para analizar otras condiciones históricas que no fueran las suyas propias o, mejor dicho, las que eran para él las propias a partir de la evolución histórica pasada. La actitud del pensamiento marxista debe ser –y lo fue muchas veces– una vocación permanente de superación de las fuentes teóricas, lo cual no excluye al propio Marx, y de allí su fuerza como pensamiento crítico o alternativo. No obstante, continúa siendo una crítica frecuente la de achacar a Marx una insuficiente atención sobre el papel de colonialismo, el esclavismo o la situación de la mujer, críticas que son probablemente ciertas, pero que suelen no ser razonables en el sentido que exponemos aquí.

²⁰ M. WEBER (en *Economía y Sociedad* –«Clases, estamentos y partidos»– op. cit.) rechaza esta definición, que expusimos aquí en su formulación más genérica e incompleta, prefiriendo tipificar a las clases de acuerdo a la posición que cada uno ocupe frente al mercado. No obstante, como suele ocurrir, las categorías weberianas pueden («pueden», no «deben») reconducirse al esquema marxista, ganando ambas en consistencia y capacidad de identificación e interpretación de situaciones específicas. La causa eficiente de esta capacidad interactiva está dada por el uso de la «historia» como parte necesaria del conocimiento sociológico.

²¹ Es lo que K. MARX (*El Capital. Crítica de la Economía Política*), «Ed. EDAF», Madrid, 1972) Es lo que se denomina «trabajo vivo», cuya importancia radica, según la teoría de la reproducción ampliada del capital, en que es el único capaz de generar un «plus» que se convertirá

un cambio positivo en las potencialidades colectivas de producción deberá reflejarse en modificaciones de las relaciones de producción y de propiedad. Pero nuevamente se da por supuesto que este cambio tiende a ser siempre positivo, escalando grado a grado la curva de la productividad y hallando en cada uno nuevas situaciones y conflictos mientras las nuevas relaciones sean antagónicas, vale decir, basadas en algún grado de explotación –mediante la apropiación asimétrica de la riqueza social producida, sin que importe al respecto la magnitud de ésta²²– de unas clases por otras²³. Quedan excluidas las formaciones sociales estables, aquellas que experimentan pocos cambios en su estructura a lo largo de la historia, que en este esquema –como en el liberal– se considerarán «estancadas», «primitivas» o «faltas de desarrollo»²⁴, sin considerar que las condiciones internas de estas formaciones sociales pueden no necesitar, para la constante reproducción de las condiciones materiales de existencia de esos colectivos, de un desenvolvimiento constante de sus fuerzas productivas²⁵. La desviación positivista, que es, a todos los efectos prácticos, Euro-centrista²⁶, obliga a Marx a infringir las reglas de la observación, interfiriendo en el discurso científico para incorporar el «valor» del desarrollo económico²⁷.

en la «ganancia» del capitalista, i.e., la Plusvalía. Las últimas tecnologías y, principalmente, la configuración actual del Régimen de Acumulación (en tanto variable estructural del Modo de Regulación) obliga, nos parece, a una revisión parcial de este esquema. No obstante, puede corroborarse (razón por la cual –instrumentos de difusión ideológica mediante– apenas se nombra este hecho) que la explotación del hombre por el hombre continúa siendo una condición imperante en el sistema capitalista de producción en todas sus formas.

²² Apropiación asimétrica de la riqueza cuando se fuerza o se omite el consentimiento del trabajador, pues no es razonable hablar de «explotación» cuando se trata de distribuir el producto del trabajo con los hijos menores de edad o incapaces de realizar tareas productivas; aunque sí, claro está, en el caso del no reconocimiento de las labores domésticas.

²³ Cfr. MARX y ENGELS, *El manifiesto del Partido Comunista*, Ed. Ayuso, Madrid, 1975.

²⁴ En su momento, esto incluía, incluso apriorísticamente, a todo el planeta fuera de Europa y sus colonias o ex-colonias, y se convertía en una «legitimación» cultural del capitalismo. No es casual que muchas de estas culturas carecieran de «filosofías de la historia» en el sentido en que hemos criticado al positivismo.

²⁵ En este sentido, las sociedades estables o de lento desarrollo han sido amenazadas y a menudo destruidas por el colonialismo y el imperialismo (capitalista o soviético) precisamente porque estas formaciones necesitaban extender sus propios sistemas dinámicos lo más ampliamente posible. Ésta es la base social de la mundialización de la economía y la cultura.

²⁶ Cfr. SAMIR AMIN, *Eurocentrism*, Zed Books, Londres, 1989.

²⁷ Esto puede apreciarse con claridad en algunas observaciones que hace Marx sobre la situación de la India. Sosteniendo que sólo con la dominación británica se darían las condiciones para desarrollar materialmente a la inmensa región, pues los anteriores imperios y tipos de sociedad que la habían regido tendían al estancamiento. Cfr. «Correspondencia de Marx», en Marx2mao.org. Por cierto que el caso Hindú, con su actual situación de miseria extendida y de explosión demográfica, es

[10] De la verificación relativamente sencilla de la impugnación a las que son sometidas las relaciones de propiedad en cada etapa de revolución social extendida y significativa²⁸ se pasa al problema más difícil de comprender las «causas» de la impugnación, pues la naturalidad con que Marx —y su entorno ideológico en general, sin excluir al liberalismo— acepta el desarrollo económico positivo y constante no parece tener demasiado aside-ro empírico²⁹ y en este sentido se produce la desviación positivista bastante errática del conjunto de la teoría marxista y en particular de su aplicación política.

La convicción positivista era tan fuerte que la teoría del materialismo histórico debía dar cuenta de esta convicción³⁰ —reforzada por el inigualable y espectacular despliegue de la productividad de la economía capitalista— y lo hizo a través de la fórmula descrita en este párrafo: el (presuntamente) inevitable y permanente desarrollo de las fuerzas productivas terminaba por ser contenido, engrillado por las relaciones de propiedad existentes que actuaban así como un lastre para sus «auténticas» capacidades progresivas³¹, y que debían tarde o temprano ceder ante el empuje de este mismo desarrollo. La creencia (pues no puede ser calificada de otro modo) en el

un ejemplo de la bondad relativa de los sistemas político-económicos occidentales. El sistema de castas podía merecer nuestra desaprobación moral, pero las condiciones en las que el imperialismo inglés dejó a la India no nos permiten abogar tan libremente por su superioridad cultural.

²⁸ Es decir: parece cierto que las relaciones de propiedad son sustanciales a la hora de definir una formación social y son, por ende, la «piedra de toque» para verificar una modificación en sus estructuras. Véase la nota siguiente.

²⁹ No es seguro, por ejemplo, que las «fuerzas productivas» desplegadas por el feudalismo fueran superiores a las de algunos de los grandes imperios del mundo antiguo, aunque no puede negarse una cierta acumulación de conocimientos heredados que permitían una mayor calidad en algunos productos en particular. No obstante, estos conocimientos y superiores calidades relativas no alcanzan para definir globalmente a un sistema que consumiera de promedio menor tiempo de trabajo social por producto, que es lo que determina técnicamente la productividad alcanzada por un modo específico de organización de la producción social y que se encuentra generalmente ligada al grado de desarrollo de la división del trabajo social. Cfr. E. DURKHEIM, *La división social del trabajo* (Ed. Akal, Madrid, 1987).

³⁰ La superación positiva de las etapas signadas por sucesivos modos de producción ocupa en la teoría marxista el lugar que el individuo emprendedor actuando libremente en el mercado en la teoría liberal, pues en su afán de enriquecerse activa la economía de toda la sociedad, que se ve así enriquecida a su vez. Pero una vez que Marx verifica que este enriquecimiento es asimétrico con toda naturalidad puede asimilarlo al estado de las relaciones de propiedad, que son las que definen el modo de repartir la riqueza social. El vínculo entre las relaciones de producción y las relaciones de propiedad planteado es entonces una tesis fuerte.

³¹ Auténticas en el sentido de que se encuentran «en germen», latentes en las estructuras de la vieja sociedad.

despliegue positivo de la capacidad productiva de la humanidad a lo largo de la historia supone toda una filosofía de la misma, no menos ideal –no menos ficticia– que cualquier otra proyección filosófica de largo o universal alcance³². El desenvolvimiento constante y omnipresente del capitalismo, frente al estatismo atribuido a la sociedad feudal superada³³, parecía probar por sí sólo este enunciado, que se convertía así en una premisa y en un dato más que en una tesis que precisara confirmación. Por otra parte, aún cuando efectivamente se diera el caso de este despliegue constante de las fuerzas productivas, ello no probaría sin más la tesis que relaciona el avance de estas fuerzas con la superación de las antiguas formas sociales. En todo caso, el desmoronamiento del régimen feudal –un proceso mucho más largo y costoso que el expediente simbólico de tomar la Bastilla y manchar con sangre azul algunas guillotinas, al cual las revoluciones burguesas dieron el tiro de gracia³⁴–, parece confirmar en el cuerpo mismo de las clases burguesas nacionales el acierto de la teoría marxista. Pero lo cierto es que en este sentido la teoría está construida *ad hoc*, a la medida de este proceso histórico, y no puede así traspolarse sin más a cualquier otra situación histórica, a riesgo de falsearla o de provocar enunciados tautológicos, y ello a pesar de que se presente como la clave misma de la filosofía de la historia, sin ver que dicha teoría no es más que otra variante de la constante «vocación de su tiempo» para intentar comprender y acaso justificar la valoración positiva del desarrollo económico, pues es claro que si el desarrollo económico funciona como una ley de la naturaleza humana todo aquello que lo estancara o contuviera no podría ser sino antinatural³⁵. Pero esta crítica no disgrega la capacidad de la teoría social marxista para comprender los procesos sociales integrados, ni la denuncia de la desviación positivista implica el automático falseamiento

³² Ello, no obstante, no excluye que el discurso «ficticio» pueda operar en las sociedades de manera especialmente fuerte, lo cual podremos verificar cuando analicemos el carácter formativo del discurso.

³³ Marx es testigo y analista de la derrota definitiva del sistema feudal. Cfr. El 18 Brumario de Luis Bonaparte (MARX, *Páginas escogidas*, Need. Bs. As., 1999) y «La Guerra Civil en Francia» (Marx2mao.org. Edición Informática).

³⁴ Un disparo no menos consistente, en cualquier caso, que el proceso de centralización del poder y las burocracias desarrollado desde el siglo xv en Europa continental.

³⁵ Esta condición ideológica, en términos históricos de largo alcance, no deja de ser curiosa e interesante: la mayor parte de las sociedades pretéritas, aun cuando no pudieran detener sus tendencias expansivas y, en definitiva, autodestructivas, tendían ideológicamente a buscar la estabilidad y, así, el cambio percibido era siempre una materia dolorosa, como lo es el «estancamiento» en el capitalismo. Por otra parte, esto constituye una prueba indirecta de la relación existente entre la estructura social y sus elementos ideológicos.



de todos los postulados teóricos de la misma. Por otra parte, que el desenvolvimiento de nuevas y mayores fuerzas productivas no sea un elemento de la historia real, no significa que no lo sea del sistema capitalista en particular, el único, recordémoslo, que Marx estudiara con auténtico detalle.

Con el cambio del fundamento económico toda la inmensa superestructura es más lenta o más rápidamente transformada [11]. En consideración a estas transformaciones siempre es necesario distinguir entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que puede ser determinada con la precisión de una ciencia natural [12], y las formas legales, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en resumen, las formas ideológicas en las cuales los hombres devienen conscientes de este conflicto y lo pelean de manera expuesta [13].

[11] Vemos aquí que la disparidad de los ritmos de transformación abona la idea de que el condicionamiento estructural actúa como marco de posibilidades más que como una causa a la que le sigue un efecto preciso. Ello debe entenderse en el sentido de que las condiciones ideológicas no son siempre idénticas ni responden automáticamente a los cambios estructurales, sino que ofrecen también alguna resistencia al cambio que puede tener como origen, igualmente, los intereses materiales conservadores de algún sector social.

[12] Esta conclusión nos parece apresurada, precisamente porque no toma en cuenta la retro-alimentación resultante de la lucha interna. No obstante, el análisis de los procesos económicos de una sociedad es siempre más sencillo de rastrear y analizar que sus condiciones ideológicas en general, siquiera porque comprende un número mucho menor de variables que son, además, más tratables en términos empíricos y estadísticos. En el siglo XIX, las variables económicas –y otras variables sociales tomadas como tales– eran las más desarrolladas en términos de interpretación y desarrollo analítico, en relación con otras ciencias. De modo que la confianza de Marx al respecto es, aunque incompleta, relativamente comprensible. Las condiciones actuales de la epistemología complican considerablemente el panorama, convirtiendo este esquema en objeto de impugnación frecuente: aun cuando la estructura económica pudiera «ser determinada con la precisión de una ciencia natural», la capacidad misma de «determinación» de estas ciencias (antiguamente conocidas como «duras») puede ser y es puesta en entredicho, lo cual no deja de ser saludable.

[13] Recapitulando la información ya volcada se agrega aquí un elemento fundamental: la conciencia ideológica del conflicto y la lucha –necesariamente de clases en este esquema– que se desencadena en forma abierta. Ahora bien, la lucha entablada puede tener como objetivo modificar las relaciones de producción existentes –o bien sólo intercambiar posiciones, sin subvertir la estructura económica– y dado que a ella se llega a través de la toma de conciencia que se reviste de un discurso ideológico, debe inferirse que el discurso ideológico es, en general, el mecanismo mismo de la lucha, pues el resto del enfrentamiento es ya plenamente material. Así, el discurso ideológico no es mero reflejo, sino una parte integrante del proceso de transformación social, un dispositivo necesario y no accesorio de la dialéctica, pues sin la conciencia de las contradicciones materiales no habría espacio alguno para pujar por su superación o su cancelación. El discurso no sólo indica, a través de la reflexión social, cuáles son los motivos que desencadenan la lucha, indica también los objetivos que deben perseguirse y los medios por los cuales se presume que pueden alcanzarse. No obstante, la instancia histórica de la que surge, las relaciones de producción preexistentes y el desarrollo anterior de las fuerzas productivas, continúan actuando como marco de este discurso, por lo cual queda sólidamente establecida una relación dialéctica entre ambos tópicos. Llegados a este punto deberemos confesar que, no obstante esta importancia del discurso en la dialéctica del devenir social, el momento de las relaciones materiales nos parece originario, vale decir, anterior a la conciencia. ¿Por qué? Porque la materia que compone el mundo y a los hombres parece haber estado allí antes de que ningún discurso la interpretara. Pese a ello, si el Ser del hombre es efectivamente Ser Social, esta socialización jamás podría haberse desenvuelto sin alguna forma de discurso, por rudimentaria que ésta fuera. De allí que, como vehículo necesario de la lucha de clases, el discurso ostente una considerable capacidad constructiva (no sólo «performativa» sino directamente «formativa»), que no puede ser despreciada al momento de evaluar la teoría, que no es en sí otra cosa más que un acto discursivo capaz de dar forma aprensible a un aspecto de la realidad aunque cuenta con la notable capacidad de orientar las conductas humanas posteriores y afectar así la estructura social, quizás hasta transformarla por completo.

Así como no se juzga a un individuo por como piensa él de sí mismo, no se puede juzgar una tal época de transformación por su conciencia, sino, por el contrario, esa conciencia debe ser explicada desde las contra-



dicciones de la vida material, desde el conflicto existente entre las fuerzas sociales de producción y las relaciones de producción [14].

[14] Dos elementos contradictorios subyacen en este segmento: por una parte, el indudable aporte al conocimiento sociológico que supuso destacar el conflicto material y las enormes posibilidades de interpretación de lo social devenidas de este desvelamiento; por otra parte, la falta de conciencia de que esta misma teoría –según su propio enunciado– es parte de la conciencia de un momento histórico particular y en consecuencia no debería ser utilizada para juzgar su época, al ser ella misma parte de la transformación de la conciencia. Por nuestra parte, preferimos defender la utilidad –siquiera provisoria– de la teoría para aproximarse a los problemas propuestos. Una permanente tensión epistemológica entre el positivismo y el constructivismo subyacen en este aparente contrasentido. No parece tener mucho sentido impugnar la acrecentada capacidad de la ciencia, en especial durante los últimos siglos –impulsada por la persecución de beneficios políticos o económicos, vale decir, por las prácticas implícitas en las relaciones materiales de producción existentes–, pero en todo caso debe señalarse que no necesariamente este conocimiento acrecentado –ampliado, fragmentado, multidimensionado– nos ha llevado a un perfecto conocimiento ontológico del ser del mundo, mucho menos del mundo social. Un elevado grado de constructivismo, que es una tendencia también ideológica, está presente en todas las ramas de la ciencia contemporánea³⁶. Dicho de otra forma, es seguro que, como agregación social, disponemos de un conocimiento de las cosas más operativo, pero no necesariamente más «verdadero» que nuestros antepasados y al menos, con seguridad, no completamente verdadero, si por tal cualidad se entiende la correspondencia entre el Ser del Mundo y el discurso que lo describe³⁷.

Un orden social nunca perece (never perishes) antes de que todas las fuerzas productivas para las cuales es suficientemente amplio hayan sido desenvueltas [15], y nuevas y superiores relaciones de producción nunca reemplazan a las viejas antes de que las condiciones materiales para su

³⁶ Ni las ciencias más duras escapan ya de esta caracterización y, según nuestro parecer, nunca lo han hecho.

³⁷ Como veremos en el siguiente apartado, esto nos parece de hecho imposible, pues toda manifestación discursiva acerca de lo que Es en el mundo, altera al propio mundo, que no es por lo tanto ya reconocido en plenitud.

existencia hayan madurado dentro de la matriz de la vieja sociedad [16]. Así que la humanidad inevitablemente juega (sets) sólo con aquellas tareas³⁸ que puede resolver, desde que un examen minucioso mostrará siempre que la propia tarea se plantea sólo cuando las condiciones materiales para su solución ya están presentes o al menos en proceso de formación [17].

[15] A nuestro parecer, aquí se ha extendido como Ley Universal³⁹ lo que es una tautología, pues el «Orden Social» no es más que el concepto general que abarca un tipo específico de relaciones de producción que, cuando se trata de relaciones como las capitalistas, inherentemente progresivas, pueden ser comprendidas como una tendencia constante a la transformación de sus estructuras, como efectivamente ocurre. Decir que una población –digamos, por ejemplo, los Masai– vive en un orden social que no desaparece porque no se modifican sus relaciones de producción –que determinan el grado de desarrollo de las fuerzas productivas de esa sociedad– es no decir nada nuevo, porque sus relaciones sociales de reproducción social no ampliada son la estructura misma de ese orden social. A su vez, las formas que caben en ese orden social son exactamente las que quepan en la definición de las mismas relaciones sociales de producción (que en el capitalismo son muy amplias, pero que en otras estructuras lo son mucho menos).

[16] En cambio, este segundo epígrafe –a menudo ha sido tomado como tal, por ejemplo, por A. Gramsci– reconstituye el mecanismo del cambio social en torno a la formulación dialéctica característica del pensamiento marxista. La noción de que los cambios sociales –estructurales o ideológicos– no surgen de la nada sino que emergen de las fricciones existentes –aunque no necesariamente de las fricciones puramente materiales– nos parece elemental. Volvemos así al tema de la relación entre estructura y conciencia, para decir que, efectivamente, los discursos ideológicos –o las creaciones prácticas– no brotan de un instante de inspiración sin más,

³⁸ Hemos preferido «tareas» (*tasks*), aunque las traducciones más comunes han usado «problemas». Así, aunque nuestro «Juego con Tareas» es menos elegante que el habitual «planteo de problemas que (la humanidad) puede resolver», la elaboración de las «tareas» muestra mejor el camino de las elecciones posibles dentro de los límites estructurales existentes –que son, a su vez, siempre flexibles– que la «obligación» que puede resultar del enfrentamiento con un problema, que parecería así previo y no emergente de las propias condiciones sociales. Con todo, no dejamos de señalar nuestra elección por cuanto el «planteo de problemas» pueda hallarse igualmente en posición de reflejar el pensamiento de Marx al respecto.

³⁹ El uso del «nunca» es lo que establece aquí esta universalización.

pues están siempre contextualizados por estructuras sociales y por discursos ideológicos precedentes. En su relación con este contexto, el «Bloque Histórico», según la conceptualización de Gramsci, y los cambios que se introducen en el mismo cuerpo estructural de la sociedad bien puede entenderse que la preparación que la descomposición de ciertas relaciones de producción se encuentre en su propio mecanismo de desarrollo, que es evolutivo cuando alguna de sus partes integrantes⁴⁰ «empuja» al conjunto en alguna dirección y que finaliza siendo re-evolutivo, es decir que, al quebrar la anterior estructura, comienza a evolucionar con otras relaciones sociales básicas, que pueden ser también conflictivas, lo cual conduciría a un futuro quiebre del nuevo modelo.

[17] La «humanidad» considerada aquí como sujeto del enunciado puede llegar a confundirnos, las tareas o emprendimientos de los que aquí se sigue tratando no tienen que ver sino indirectamente con las «ideas» que pudieran tener los individuos en su quehacer intelectual, sino más bien con el tratamiento de las circunstancias sociales. Este segmento esconde, por tanto, una voluntad política, pues está diciendo que anulación de la división de la sociedad en clases constituye una empresa que estaría ya en vías de resolución, abrogación y superación, por cuanto ya se ha planteado a la conciencia. Nuevamente, puesto que corta transversalmente todo este resumen de ideas, la culminación necesaria de la Filosofía de la historia somete a las ideas a la Desviación Positivista, mostrando, como un hermoso espejismo, un oasis creado por la fantasía y la esperanza, que impregna todo el cuerpo analítico sin quitarle por ello su importancia.

*En líneas generales, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués pueden ser designados como épocas progresivas de orden socio-económico*⁴¹. *Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso de producción social, antagónica no en el sentido de un antagonismo individual sino de un antagonismo que emerge de las condiciones sociales de existencia de los individuos* [18]; *Pero simultáneamente*⁴² *las fuerzas productivas que se desenvuelven en la*

⁴⁰ Parte que a nuestro entender puede ser política y no sólo económica, aunque indudablemente un cambio en una implicará un cambio en la otra.

⁴¹ Cfr. MARX y HOBBSBAWM, *Las formas económico-sociales precapitalistas* (P.&P). Al respecto véase también M. HARRIS: *El desarrollo de la teoría antropológica* (Siglo XXI, España, 1998).

⁴² Este «simultáneamente» marca la operatividad de la dialéctica hegeliana dentro de las tesis marxistas.

matriz de la sociedad burguesa crean las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. La prehistoria de la sociedad humana, por lo tanto, se cierra con esta formación social [19].

[18] Como anticipáramos, el recorrido positivista de la filosofía de la historia se vuelve explícito, si bien en forma general, y confiere un destino determinado a la misma: la superación de las sociedades basadas en el antagonismo de clases. Por otro lado, Marx aclara un punto que a menudo resulta conflictivo, como es el carácter social y no particular de los conflictos y sus contextos, aunque es claro que los individuos, puestos en situación, son las piezas activas más elementales de todo conflicto, si bien el proceso que éste sigue es siempre social, aun cuando esto no sea evidente para los sujetos implicados.

[19] Finalmente, el último antagonismo de clase, que caracteriza las formas productivas predominantes en el capitalismo dará lugar no sólo a la resolución de este conflicto particular sino que culminará todo el extenso camino histórico anterior, siendo así el capitalismo el período que transita entre la prehistoria humana y su verdadera historia, que se desenvolvería en el espacio previsto por la utopía.

3. DEL DISCURSO COMO PARTE INTEGRANTE DE LA ESTRUCTURA

Recapitulando, reconocemos dos problemas en este esquema planteado en el «Prefacio», del cual recordaremos, una vez más, que es un resumen y no un intento de demostración de los postulados establecidos.

El primero de ellos es el relativo a la filosofía de la historia signada por el imperio hegemónico del positivismo. Respecto a él, la interpretación de la lucha de clases –en experiencias históricas ciertamente verificables– como motor de los procesos sociales que implican la superación de diversas fases estructurales, si bien no puede ser descartada sin más de los procesos de análisis de las sociedades complejas, no parece justificar: *a)* el carácter necesariamente positivo de este desenvolvimiento histórico, en función de un constante crecimiento de las capacidades sociales de producción, ni mucho menos; *b)* la necesidad de resolver las contradicciones internas de la sociedad burguesa, que sin dudas existen también, en el sentido de la anulación social de todo antagonismo en las relaciones de producción.

Sobre este punto hay que decir que la convicción de Marx se ampara en una certeza evolutiva que continúa operando en el ideario dominante,

y no precisamente a través de la teoría marxista. Hoy en día, un país que no muestra año tras año un crecimiento económico, si no, por ejemplo, un estancamiento, es considerado como ejemplo de una sociedad en la que «algo malo ocurre». La lógica interna del capitalismo, que no analiza Marx aquí, explica este descontento con el mantenimiento de cualquier *statu quo* en materia económica. Casi no es necesario destacar la relación entre esta actitud elitista y otra más cotidiana, como es el consumismo. Tampoco pasa desapercibida la comunicación entre estas formas de pensar –y actuar– con el profundo retroceso de las ideologías contestatarias, contra-hegemónicas, durante los últimos quince años al menos.

Al respecto hay que decir que este retroceso no deja de estar relacionado con el incumplimiento de las promesas del marxismo⁴³, en especial las relacionadas con el triunfo final del Socialismo (la anulación de la división de clases respecto de la propiedad) y en especial con la evidente (abismal) distancia entre estas promesas y las prácticas socio-políticas en las experiencias socialistas nacionales.

El segundo problema, muy relacionado con el primero, es el lugar que ocupa el elemento discursivo (teórico o político, en cualquier caso ideológico) en el desarrollo del proceso histórico. La crítica no económica al pensamiento marxista suele centrarse en intentar rebatir el determinismo materialista, olvidando que el pensamiento marxista al respecto se denomina materialismo dialéctico, cuyo segundo elemento es tan importante como el primero.

Sí es cierto que en la obra de los autores marxistas de primera y segunda generación el elemento económico ocupó un lugar predominante, no debe olvidarse que otros aspectos de la realidad fueron abordados con las mismas herramientas conceptuales⁴⁴. El fuerte enlace entre las fórmulas marxistas y el despliegue de las luchas obreras (que han formado en sí mismas un circuito retro-alimentado, en la etapa en la que el incremento de los conflictos de clase parecía confirmar la teoría marxista, que era a su vez su principal discurso ideológico), y la vinculación con las motivaciones morales de los mismos autores marxistas –permanentemente olvidadas en pos de su demonización⁴⁵–,

⁴³ La crítica al modelo soviético, especialmente en su fase estalinista, que motivó el distanciamiento de tantos intelectuales de gran calibre de las estructuras del Partido Comunista en el ámbito mundial, es la prueba más efectiva del incumplimiento de estas promesas.

⁴⁴ En este aspecto es importante la siempre relegada obra de F. Engels.

⁴⁵ Incluso Lenin asume que las «tres fuentes y partes integrantes del marxismo» (*op. cit.*) son el Socialismo francés, la filosofía clásica alemana y la economía política inglesa. Ha olvidado, sin que llegue esto a sorprendernos, la moralidad propia del pensamiento religioso judío y cristiano. Las

han volcado en esta dirección buena parte de todos los discursos en pro o en contra del marxismo, por lo que siempre se ha visto en dificultades el análisis de la teoría subyacente en el materialismo dialéctico en tanto objeto discursivo de amplio espectro.

Es cierto que la teoría misma nace en el seno del conflicto y que toma, además, una posición bien definida, colaborando incluso a definir los márgenes del conflicto. Pero esto no dice nada en contra de la teoría, pues las «teorías», en general, son creadas para resolver algún tipo de conflicto verificado en las prácticas sociales en cualquier nivel, de modo que sus corolarios son las «posiciones» que toman y que pueden tener o no, de acuerdo al aspecto de la realidad que traten, efectos políticos directos. Y en verdad todas las teorías de importancia terminan por tener algún efecto social significativo, aunque sea indirecto.

Al venir a enfrentarse con teorías económicas específicas, el marxismo debía lidiar también, ya como movimiento político, con las prácticas sociales conexas a las teorías rivales. Pero es de destacar que sus efectos fueron tan profundos (ya que estaban ligados a problemas que hacían a la organización misma de la sociedad) y su difusión fue tan veloz y extendida (es el caso más importante de un conocimiento producido que es utilizado como tal para defender una causa política) que el aspecto político, que ligaba su discurso a las prácticas políticas de los partidos y los sectores sociales que los llevaron como bandera y contenido, terminó por sobreponerse a su calidad analítica, hasta conseguir velarla. Este proceso de sobre-politización se vio incrementado por el uso propagandístico que hicieron de sus contenidos tanto sus defensores como sus detractores. Es necesario, sin embargo, el esfuerzo de separar ambos aspectos para poder rescatar lo que de este cuerpo teórico sea todavía útil.

Parece cierto entonces que los primeros marxistas dejaron bastante de lado el aspecto no económico de muchas cuestiones en lo que hacía al análisis sociológico de la sociedad de su tiempo, pues las explicaciones «estructuralistas» son predominantes. Pero esto de ninguna manera quiere decir que no los tuvieran en cuenta, ni que los consideraran como no-entidades⁴⁶. La natu-

razones de este olvido son evidentes: el socialismo científico deseaba apartarse lo más posible de todo resabio premoderno, y mucho más de ideas provenientes del pensamiento religioso. No obstante, allí están esos contenidos morales que mueven toda la vocación transformadora del socialismo.

⁴⁶ Cfr. N. POULANTZAS, «El examen marxista del estado y del derecho actuales y la cuestión de la "alternativa"» (1964). En *Marx, el Derecho y el Estado* (Ed. Tau, Barcelona, 1969).

raleza fundamentalmente económica de los conflictos en los que intervinieron (y que contribuyeron a configurar) pudo haber influido en este desarrollo. También pudo haber influido que la fuerza explicativa de la nueva teoría llevara a menospreciar o despreciar (ahora sí, erróneamente) otros factores. Pero debe recordarse que la fuente filosófica del pensamiento marxista es todavía no-económica, y que el aspecto materialista cobra forma a través de la crítica a los sistemas de pensamiento idealistas que caracterizaban a la filosofía alemana, la más desarrollada de la época⁴⁷. En el conflicto filosófico con esta tendencia es que, creemos, debe entenderse el énfasis puesto en los aspectos materiales del desarrollo histórico y no en una vocación intrínsecamente opuesta a la espiritualidad del mundo y de los asuntos humanos.

De este modo, así como la filosofía positivista de la historia arrastró a parte de la teoría marxista hacia terrenos pantanosos, en los cuales es perfectamente lícito y hasta necesario desconfiar de sus enunciados, de la misma manera las necesidades políticas y teóricas desviaron la atención de cuestiones que no por estar insuficientemente atendidas dejan de ser importantes⁴⁸. En cualquier caso, ni el conjunto de las aportaciones de la teoría marxista quedan abrogados, refutados o superados (no existe hoy en día una corriente sociológica de amplio alcance que no incluya elementos importantes del marxismo entre sus categorías habituales), ni tampoco pueden quedar al margen de la crítica sus postulados. Sí en algún momento el marxismo actuó o fue presentado como «verdad revelada», es claro que ello no tiene ya asidero intelectual, ni mucho menos político, lo cual no es un signo de debilidad, sino, quizás, una nueva oportunidad de crecimiento.

El elemento discursivo –entendido en el nivel más general– es uno de esos aspectos no analizados y, lo que nos interesa particularmente, también el efecto de los «actos de habla» en la estructura, pues ya es bastante más elaborado el camino inverso. Hay que destacar que tampoco había en la época en que Marx desarrolló su teoría social un desarrollo en este aspecto, e incluso actualmente no se trata de un terreno fácil, y cualquier investigación es todavía de corto alcance y con titubeos y, si se trata de una perspectiva

⁴⁷ MARX y ENGELS desarrollan este aspecto en *La Ideología Alemana* (op. cit.), destacando que los alemanes piensan (filosofan) lo que otros pueblos hacen, en clara referencia a la evolución política de Francia y al desarrollo del capitalismo en Inglaterra. Engels tiene importantes trabajos no exclusivamente económicos y buena parte de la base política-filosófica de Marx no fue publicada en vida de éste, no obstante lo cual ha llegado a nosotros.

⁴⁸ Como decía GEERTZ del análisis cultural (*La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1997), el análisis sociológico es, también, necesariamente incompleto.

antropológica, habrá recibido por su parte influencia del marxismo ⁴⁹. En cualquier caso, parece claro que no puede pensarse en un mecanismo de polos alternados, en los que se da un «círculo» de transformaciones o de capacidades transformativas. Por el contrario, la realidad es lo bastante compleja como para que los cambios recíprocos se den en simultáneo y en lugares diferentes del bloque histórico ⁵⁰ (en tanto complejo específico estructural-superestructural). Por otra parte, desde el momento en que la propia estructura se encuentra definida en forma discursiva, el «olvido» en el que puede caer este aspecto no será más que aparente.

Habremos de recordar, por otra parte, algunos aspectos en los que los actos de habla son imprescindibles para el funcionamiento de la «estructura», aun considerándola –incorrectamente– desde la perspectiva más mecanicista y aun cuando no comprendamos plenamente sus mecanismos. En primer lugar, se producen actos de habla –aunque no siempre en la forma de la palabra oral u escrita, sino por otros medios de comunicación– a lo largo de todo el proceso productivo y, por ejemplo, son decisivos en materia de distribución de las tareas, el control de los tiempos de producción y la determinación de un cambio en el sistema de producción. Vale decir que todo cambio en estos procesos se opera en forma discursivo-práctica. En segundo lugar, cada integrante de la estructura, sin importar el polo de las relaciones sociales en las que vaya a encontrarse, ha debido ser educado, formado para realizar en forma eficiente la tarea que desempeña, ya sea ésta la de científico investigador, la de obrero de la construcción o la de gerente de banco, e incluso la de educador. Y de más está decir que ninguna educación es posible si no median actos de habla en la forma de discursos incorporados. En resumen, puede decirse que, si nuestro cuerpo es materia, nuestro ser social es a la vez material y discursivo, y por lo tanto lo son las relaciones que establecemos para reproducir nuestra vida material.

Esta postura no nos parece incompatible con los principios básicos del materialismo histórico, pues no se trata de regresar a un estadio en el cual la conciencia determina al ser, sino un re-acomodamiento que nos

⁴⁹ Cfr. M. HARRIS, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Op. Cit.

⁵⁰ Ésta es una categoría que tomamos prestada de A. GRAMSCI (*Obras Señaladas*), autor al que debemos importantes perfiles de la lucha social en el terreno discursivo y pedagógico y profundas percepciones acerca de las relaciones complejas entre la organización política y la organización económica de las sociedades modernas.



permite apreciar elementos que de otro modo la propia teoría terminaría por ocultar. Por supuesto, con ello no se han disuelto las indeterminaciones que rodean al uso del lenguaje en sí, tan sólo se ha entrevisto el lugar que ocupa en las estructuras materiales de las sociedades humanas aunque, eso sí, con un grado completo de necesidad, es decir, que dichas «estructuras» lo contienen como elemento indispensable.

Por supuesto, que el lenguaje tenga una función formativa para las estructuras económicas, no es obstáculo para que tenga, además, un idéntico uso formativo en la superestructura ideológica, pero con un sentido mucho menos determinado y necesario. A una determinada formación discursivo-estructural puede corresponderle tanto una educación o una evolución discursiva individual ideológicamente conservadoras o revolucionarias, con numerosas opciones intermedias que pueden tener o no relación con los llamados «intereses objetivos», es decir, con aquellos que tienden a fortalecer o mejorar –incluso mediante la subversión de las estructuras– la posición de los individuos localizados. La posibilidad de rastrear discursos coincidentes en este sentido permite la vinculación de colectivos sociales de diferentes características ⁵¹.

Pero dado que, a pesar de las limitadas posibilidades de recombinación de los elementos estrictamente materiales de la estructura social, las posibilidades recombinantes del lenguaje son mucho más amplias, es posible comprender como puede «decirse» del mundo mucho más que el mero análisis de sus circunstancias inmediatas y, como bien lo notara el propio Marx, la posibilidad del desarrollo ideológico –con clara influencia en la infraestructura material al menos– estuvo dada históricamente por una característica «material» de las sociedades: la posibilidad, mediante la producción de excedentes económicos, de que algunos sectores sociales se dedicaran a tareas no ligadas directamente a la reproducción material de los cuerpos humanos, sino exclusivamente a la producción intelectual, que a menudo retro-alimentaba el proceso de cambio estructural, como es característico del capitalismo y otras formaciones sociales dinámicas. La desvinculación de sectores sociales de las actividades productivas, junto con la tendencia mayoritaria de estos sectores a compartir los intereses

⁵¹ A propósito de las diferencias entre la concepción marxista y la weberiana de los colectivos, que para la primera corriente se configuran a partir de instancias objetivas mientras que para la segunda se tratarían de tipificaciones posteriores y por ende no «esenciales».

objetivos con los sectores dominantes, los incluye igualmente en las luchas que pudieran surgir.

En cualquier caso, nuestra opción implica la renuncia completa tanto a la divinización como a la demonización del marxismo en tanto supuesta «verdad total»⁵², lo cual supone evitar confundir los aspectos políticos y los teóricos, bien que ello entraña ya suficientes dificultades. En este sentido, intentar confirmar la validez de la teoría marxista de acuerdo al estado deplorable de las sociedades humanas presentes, como intentar refutarla «totalmente» mediante la observación de sus efectos perniciosos o el incumplimiento de sus promesas, parecen caminos igualmente falaces. De la misma manera que no puede evaluarse una teoría física o atómica de acuerdo al comportamiento de los líderes políticos que deciden desarrollar un determinado programa de armamento nuclear con una política conexa. No obstante, es bien cierto que las teorías sociológicas entran de lleno en los conflictos políticos que forman parte de las sociedades, por lo cual los niveles de análisis experimentan una fuerte tendencia a confundirse. Esto nos lleva a un nuevo problema relativo a la vinculación entre la observación y la interpretación de los fenómenos y la capacidad del discurso de operar con ellos, e incluso de modificarlos.

4. LAS DIMENSIONES PRÁCTICAS Y DISCURSIVAS DE LA TEORÍA

Si consideramos los enormes avances que en materia de conocimientos acerca del universo, en la mayor y en la menor escala, se han producido en los últimos siglos, fácilmente podremos considerar que existe algo de «natural» en el progreso y en la renovación científica. Pero igualmente tendremos a olvidar que el significado de este nuevo conocimiento, que supera al anteriormente disponible, no sólo no implica que estamos en posesión de una verdad, en sentido fuerte, sino que los viejos conocimientos descartados, considerados ya unánimemente erróneos no eran, no obstante, inútiles.

Tomemos como ejemplo nuestro actual conocimiento del sistema solar: la revolución que significó el triunfo de la teoría heliocéntrica, desplazando al viejo sistema ptolemaico geocéntrico, vela dos cuestiones fundamentales. La primera de ellas consiste en verificar que aun el sistema

⁵² Otro tanto ha hecho, salvando las distancias, J. HABERMAS en *Autonomy and Solidarity*, Ed. Verso (New Left Books), Londres, 1992.

heliocéntrico es perfectamente falso de acuerdo a nuestros actuales conocimientos; dicha teoría no contemplaba ninguna solución para la naturaleza de las estrellas, por no hablar de la ausencia de planetas y satélites en el esquema establecido, ni tampoco preveía hipótesis para establecer el origen de todo aquello; el sol permanecía quieto en el espacio y ciertamente nadie lo imaginaba como una minúscula mota de gas incandescente en un brazo de una galaxia espiral; de hecho, ni siquiera existía el concepto actual de «galaxia». En segundo lugar, con la revolución se opaca la utilidad del sistema geocéntrico, si se lo compara con sistemas cosmológicos pretéritos; efectivamente, aun cuando se considerara al planeta tierra como centro del universo, rodeado de esferas celestes de creciente perfección, no debemos olvidar que en tiempos bíblicos, por ejemplo, se consideraba al mundo como una isla de sequedad en medio de mares superiores e inferiores. De igual manera, ya en el espacio hegemónico de la teoría heliocéntrica contemporánea, que tantos problemas le acarrearía a Galileo (por cierto, un nombre bíblico), quedan abundantes sitios en donde cometer errores literalmente siderales: para Newton no existían más reglas de etiqueta entre los cuerpos celestes que las impuestas por la gravedad en un espacio lineal y cúbico. Las teorías de Einstein, por ejemplo, vinieron a proponer un universo más complejo, más desparejo y arduo, lleno de tensiones, huecos y pliegues en el vacío. No obstante, esta nueva complejidad no era tampoco suficiente: las galaxias en donde se producían estos fenómenos no se estaban quietas, pues al parecer nuestro universo se encuentra en expansión. Nuestro pobre sistema solar, y con él la teoría heliocéntrica en su conjunto, vinieron a quedar reducidos a poca cosa en términos de conocimiento verdadero.

En todos los campos del conocimiento podríamos hallar ejemplos semejantes a éste. ¿Cómo es posible? Nos preguntamos que teorías «erróneas» sirvan, con todo, para apreciar la realidad. Comprendemos que las «verdades» teóricas no sólo son provisorias y enfáticamente no-absolutas, sino que, además, pueden modificarse con unas pequeñas –o grandes– correcciones y continuar siendo útiles pese a los cambios de concepción que afecten a todo su universo de funcionamiento. La ley de gravedad, en general, todavía funciona pese a la Relatividad; la Relatividad, a veces, funciona a pesar de que es «probada» en un universo distinto por completo al espacio para el que fuera pensada. En tanto ideas que permiten interactuar con el mundo real –pese a que podamos preasumir que buena parte de él permanece a la sombra de nuestra ignorancia– no perderían su valor ni siquiera aun-

que fueran luego refutadas por completo, pues las refutaciones que tenderían a hallar nuevas verdades –siendo ellas mismas, probablemente, un error– no podrían hacerlo si antes no se hubieran realizado conjeturas equivocadas y observaciones y operaciones enmarcadas en esas mismas conjeturas, y en gran cantidad, además. Asombrosamente, las cosas estrictamente falsas que hemos dicho del universo en el pasado nos sirven igualmente para comprenderlo, para alcanzar nuevos niveles de comprensión que juzgamos casi indefectiblemente superiores a los que se utilizaban en el pasado, pero que eventualmente pueden resultar tan erróneos como aquéllos.

Por todo esto hallamos que las hipótesis que se establecen a partir de una teoría generalmente aceptada pueden no ser acertadas –aun presumiendo su correcta formulación– y que incluso los corolarios necesarios de las teorías pueden devenir en errores. Pero las teorías en sí mismas no son verdaderas ni falsas, sino útiles o inútiles, y esto por una razón importante: no se trata de discursos que tiendan a «reflejar» o «interpretar» la realidad, aun cuando así lo crean sus propios creadores, sino de complejos discursivos que intentan darle forma aprensible a aspectos particulares del Universo –entendido como el conjunto del «ser»– con los que debemos interactuar. Este «dar forma aprensible», desde la más alta filosofía hasta la menor ocurrencia cotidiana, no significa tampoco «construirla», pues en realidad tratamos con un hecho ya dado, al que nada le importa si nosotros estamos allí para intentar comprenderlo e interactuar con él, excepto cuando estos «hechos» son las relaciones sociales en las que estamos insertos. Por otra parte, esto sólo puede ser cierto –una palabra que ya nos queda grande– hasta que la teoría es enunciada y se convierte en discurso –y sólo cuando se enuncia puede convertirse en teoría, porque hasta entonces no es más que una idea conjetural–, pues a partir de ese mismo momento pasa a ser parte del universo, al cual habrá que darle forma con la nueva teoría incorporada. No es seguro siquiera que deban descartarse sin más los cambios en la realidad que opera la futura teoría en el proceso mismo en que es formada –o transformada– como conjetura, durante el proceso neuronal del cuerpo de su «creador», que es a su vez un sujeto histórico y aun plural y no individual, pues ese proceso implica un cambio material en el universo, aunque sea mínimo ⁵³.

⁵³ Para quienes no crean en la importancia de las cosas diminutas e invisibles, ahí están los virus, las bacterias, las radiaciones del horno a microondas y las de los teléfonos celulares para arruinar la existencia.



Por su parte, la interacción material con el mundo es la que brinda la posibilidad de que en una teoría aceptada surjan anomalías —esas alteraciones en el plan de percepción que pueden significar un deterioro completo del paradigma hegemónico—, es por ello que el despliegue del capitalismo, y en menor medida el renacimiento, trajo aparejada la marea de cambios y ampliaciones en materia de conocimiento del mundo: ocurre que se trata de un sistema social que persigue activamente la relación material en continuos ciclos de expansión, lo cual multiplica tanto las oportunidades de registrar anomalías como los esfuerzos sociales y financieros en pos de la investigación científica. A diferencia de otros órdenes sociales, el sistema capitalista busca cambiar —porque necesita crecer— y en esa búsqueda nos compromete a cambiar nuestros conocimientos, incluso en direcciones que puedan, en una instancia aún desconocida, determinar su aniquilación como formación social predominante.

Atendamos ahora a las condiciones de plausibilidad de los nuevos conocimientos. Si una teoría intenta dar una nueva forma aprensible a la realidad, intentando superar, por ejemplo, una anomalía en las observaciones, debe cumplir al menos el requisito de formularse en un lenguaje comprensible, al menos para los operadores práctico-discursivos, pues de otro modo no sería aprensible de ningún modo la forma que intenta dar a la realidad. Dicho de otra forma, la posibilidad de comprensión, en base a la capacidad de expresión lingüística (o metalingüística), es requisito para que cumpla con el objetivo de la formación aprensible, en base a la capacidad de comprensión lingüística (o metalingüística).

En todo momento, en virtud de su necesaria inserción en un sistema previo de conocimientos y creencias, la teoría es un acto comunicacional, aun cuando el auditorio sea tácito⁵⁴. Si la forma aprensible que propone una teoría no es aceptada, ello conlleva su desaparición como teoría, aunque no como conjetura, lo que la habilita para que tenga la posibilidad de reaparecer en un futuro, cuando cuente con un ambiente histórico, y en especial ideológico, más propicio, como fue el caso de la teoría heliocéntrica durante el *affaire* Galileo. Si, en cambio, es aceptada en cualquier grado, la

⁵⁴ Recuérdese la interpretación sistémica de la mente humana no como «bien» o «posesión» individual, sino como resultado de interacciones sociales, estructurales y físicas, y que son evoluciones de las teorías de Vigotsky, principal exponente de la psicología ruso-soviética en este campo. Cfr. Herranz Ybarra, P., y Sierra García, P., *Psicología evolutiva I. Vol. 2. Desarrollo Social*, UNED, Madrid, 2002.

teoría, que puede ya haber sido alterada, pasa a formar parte de la realidad que intentaba formar por medio del lenguaje, pero que cuenta ahora con un nuevo elemento que la teoría no había considerado: la propia nueva teoría formativa.

Así, toda teoría se convierte, si es exitosa, en el primer paso para su futura desaparición, pues cambia las condiciones de observación del mundo material siempre un poco más allá de lo que es capaz de percibir. Por supuesto que las nuevas teorías –en especial aquellas que tratan de porciones de realidad cambiantes, es decir, históricas– intentan formar de nuevo el universo en función de los cambios que se detectan en él, cambios en donde no sólo deben contarse los cambios materiales en sentido estricto, sino también los cambios ideológicos incorporados por las nuevas –e inmediatamente ya viejas– formas de aprehender la realidad. Porque en cuanto se han incorporado estos cambios al Universo comprendido gracias a la nueva teoría, se abre la posibilidad de que nuevos cambios en el mundo se consumen o se hagan visibles. La diferencia entre la consumación o la visibilización no es trivial: un cambio consumado tiene grandes consecuencias prácticas, es decir, que desvía la historia mucho más que un cambio que es sólo visible, aunque esto también debe ser considerado un cambio que puede llegar a ser importante: el cambio del geocentrismo por el heliocentrismo, sin ser más que una diferencia en la observación y en la disposición espacial, tuvo sin duda un efecto importantísimo en las actuaciones cotidianas, por lo que su capacidad de afectar a la estructura material de la sociedad –europea en este caso– fue mayúscula.

Una segunda condición para que la teoría sea exitosa: cada nueva forma de aprehender la realidad debe conllevar cambios –ahora sí: materiales– en la relación que se tiene con ella, pues de otro modo no se trata de una teoría, sino de una conjetura –que es el huevo histórico de toda teoría– lo cual no necesariamente las desmerece: la capacidad de volar por medios mecánicos conjeturada por Leonardo Da Vinci no era una locura, sino una genialidad sin condiciones viables de practicidad, que en cuanto se dieron se convirtieron en la base, siquiera como inspiración, de una nueva –completamente nueva– teoría de la aeronavegación, compuesta no sólo por las ideas y los planos, sino por los intentos prácticos de elevar el vuelo en Globos aerostáticos, falsos murciélagos, falsos pájaros, cometas gigantes –las escenas toscamente filmadas de estos intentos son a la vez divertidas y trágicas– hasta llegar al ingenio de los hermanos Wright, y de allí a las



lanzaderas espaciales y los misiles balísticos intercontinentales, símbolos de un inequívoco progreso.

La teoría debe ser entonces a la vez objeto discursivo y objetivo práctico y, como la práctica cambia al universo, también por esta vía se crean las condiciones para que la nueva teoría comience a perder fuerza para dar forma aprensible a la realidad. Por supuesto que es simplista la idea de que «una» teoría haga esto en el transcurso de un bloque histórico: las condiciones para que una teoría desaparezca están dadas también por la aparición de otras teorías en diversos campos que se cruzan en puntos en donde antes no tenían relación, muchas de las cuales pueden permanecer en secreto por toda la eternidad para la historia de las ideas y la filosofía, pues no sabemos, por ejemplo, quienes fueron los «teóricos» del fuego, de la rueda, del torno y de la lanza (descubrimientos o invenciones importantes y menos temibles que el reactor nuclear, el automóvil, el motor a explosión y los fusiles); tampoco deben olvidarse los «descubrimientos» o sucesos aleatorios y no previstos por ninguna teoría, elementos materiales que –una vez que son lingüísticamente asimilados– cambian la percepción del mundo y obligan a conjeturar y teorizar para dar al mundo una nueva forma aprensible que los incorpore, como a todas las cosas «percibidas», siquiera de un modo provisional.

No hace falta detenernos en las inciertas relaciones potenciales de dos o más cuerpos teóricos –o fragmentos de los mismos– que se reúnen en una nueva conjetura y pueden generar una nueva teoría, por ejemplo, para atestiguar ya mismo que el universo y el devenir histórico son asuntos complejos y plagados de un alto grado de incertidumbre que se incrementa por la imposibilidad apriorística de medir las consecuencias prácticas de teorías que aún no han visto la luz, en función de condiciones materiales que aún no han sido captadas en una forma aprensible por ninguna teoría, que a su vez habrá de alterarlas.

Resumiendo el punto que más nos interesa aquí de toda esta cuestión: la teoría como acto lingüístico-práctico ⁵⁵ altera la realidad a la que venía a dar forma aprensible. Si en algún momento el proceso se detiene, alcan-

⁵⁵ Ésta es una caracterización provisional y que debe ser entendida en forma dialéctica, porque ni el acto lingüístico ni la conjetura previa dejan de tener aspectos materiales, ni los actos prácticos derivados de los enunciados teóricos dejan de tener aspectos lingüísticos, todo ello a su vez en un complejo material-ideológico dinámico, vale decir: histórico, que en ningún momento deja de reproducir el proceso.

zando ese ideal llamado «Verdad», no es una teoría última la que pueda dar cuenta de ello, pues ella ya no daría la forma aprensible al universo: Sería el Universo, lo cual nos introduce en un ámbito más bien teológico que técnico.

Podría pensarse, especulativamente, en una teoría cuyo objeto fuera dar una forma aprensible al mecanismo por el cual las teorías modifican la historia, midiendo a su vez el efecto que ella misma causaría: las dos opciones que se presentarían entonces serían que la teoría fuera irrefutable o que no lo fuera. Si resulta serlo, el cambio que operaría en la realidad —completamente previsto por la teoría— se agotaría en sí mismo, pues la teoría no serviría para nada más que para medir «su» efecto, pero incluso el hecho de haber sido ideada implicaría que un cierto espacio-tiempo fue consumido por ella y no por otra cosa, operándose —hipotéticamente— un cambio mínimo, aunque previsto e inútil, pues no se podría avanzar de allí. Si, en cambio, resulta ser refutada, el cambio se hubiese producido de todos modos por un camino no previsto por la teoría. Pero, al margen de estas consideraciones, que fijan un extremo de las ideas que aquí pretendemos exponer, las teorías, en general, no seguirán nunca el camino de esta teoría especial, propia de la epistemología más que de otras áreas del conocimiento.

No hemos considerado hasta aquí, por otra parte, los efectos del enorme cúmulo de ideas y prácticas que no se considerarían teóricas sino, en todo caso, enmarcables en una teoría que puede ser desconocida incluso para quien las produce y aplica, no obstante lo cual causan su efecto en la historia, que puede o no ser previsible y, dado que no contamos ni siquiera con un instrumento capaz de detectar —ni pensar en medir y evaluar— una porción más que minúscula de las ideas que se producen y aplican por día, no merece la pena práctica preocuparse por ellas. Asumimos que la historia está afectada a futuro por cambios que no podemos detectar y que quizá sólo por acumulación y con el paso del tiempo puedan ser incorporados en un cuerpo teórico, por ejemplo: las pequeñas innovaciones realizadas en un proceso productivo que, con el tiempo, darán lugar a un nuevo complejo tecnológico que puede, eventualmente, ser teorizado ⁵⁶.

Tomamos entonces las teorías como los espacios más amplios posibles para estas ideas, descontando que no sólo las teorías prefiguran formas

⁵⁶ Cfr. L. MUMFORD: *Técnica y Civilización* (Alianza. Madrid, 1971, 5.ª reimp. 1992). Queda, por supuesto, la posibilidad de realizar conjeturas razonables acerca del destino de un determinado proceso histórico.

aprensibles para el universo, sino que existen otros relatos posibles acerca de la realidad. En el mismo sentido hemos hablado de mecanismos lingüísticos y no de los mecanismos comunicativos en general, ya que las teorías precisan de elementos comunicativos complejos, pues si pretenden dar una nueva forma aprensible al mundo, deberán renovar también el lenguaje. Por ello cualquier nueva teoría presupone la renovación de algunos conceptos o la creación de conceptos nuevos, capaces de abarcar en tanto ideas las nuevas formas del ser creadas –o percibidas– en el desarrollo histórico del ser. Pudiera parecer que esta conceptualización de las teorías interfiere con una de las funciones de la teoría, es decir, la de economizar la información en torno a un asunto o conjunto de ellos, porque introduce a la teoría directamente en la complejidad del mundo, disminuyendo sus capacidades selectivas y analíticas. Pero debe tenerse en cuenta que éste es un concepto general: las teorías (i.e. los teóricos), tomadas como particulares, no se preocupan de estas cuestiones, buscan simplemente –y casi siempre inconscientemente– dar forma aprensible a un mundo (a una porción del Universo) que cambia y que se escapa inmediatamente de sus posibilidades de comprenderlo por completo, en parte, y sólo en parte, por su propia presencia innovadora.

Así, diversos discursos teóricos pueden superponerse y continuar funcionando como dadores de forma aprensible a pesar de que se los haya demostrado «falsos» en alguna medida. Mientras no surja una nueva forma de aprehender la realidad al menos tan buena como las anteriores, una teoría puede ser tan falsa como sea posible, pero seguirá siendo utilizada ⁵⁷. De hecho, sólo podrá demostrarse por completo su «falsedad» cuando exista una nueva forma de aprehender, más adecuada a las nuevas circunstancias ⁵⁸.

⁵⁷ El psicoanálisis freudiano es un buen ejemplo de construcciones útiles.

⁵⁸ Una pequeña observación al sagaz esquema de cambio teórico expuesto por KHUN en *Las Revoluciones Científicas* (Fondo de Cultura Económica, México, 1971, imp. 1997): este autor supone que el cambio de una teoría por otra sobrevendrá cuando las anomalías verificadas en «la realidad» sean demasiadas para el viejo cuerpo teórico. Por el contrario, la capacidad de las teorías de absorber anomalías mediante la adición de postulados *ad hoc* es notable. En realidad, una teoría se mantiene mientras no aparezcan conjeturas generales mejores, lo cual no es lo mismo. Las nuevas percepciones empujan hacia la abrogación de una vieja teoría, pero no determinan por sí mismas la aparición de una nueva. Este mismo planteamiento determina la superioridad de la perspectiva «falsacionista» (a partir de K. POPPER) frente al viejo esquema verificacionista. (V. LYOTARD en *La condición posmoderna*, ed. Cátedra, 4.ª ed. Madrid, 1989), pues lo que se debe «falsear» es el nuevo esquema pretendiente, a fin de desbancar, en caso de no ser posible la refutación, a la vieja teoría establecida. Los científicos, en general, vienen al mundo en el marco de una teoría establecida con el objetivo tácito de descomponerla y llegado el caso reemplazarla.

Ahora bien, este mecanismo teórico-práctico que hemos descrito no está desligado de ninguna manera del principio de vinculación estructural. Es decir, sea cual fuere el alcance de las teorías, no estarán desarrollándose sin más en el terreno de las ideas que vuelven a la tierra a transformarla: todavía sufrirán la necesidad de reflejar lo que ocurra en la estructura socio-económica en alguna medida, pero, a diferencia de las malas interpretaciones del tipo «causa (la estructura social)-efecto (la superestructura ideológica)», lo que deseamos mostrar es cómo un hecho lingüístico –en este caso las teorías, pero es extensible a los «actos de habla» en general– es capaz de transformar y pasar a formar parte de la estructura misma en el camino de la dialéctica histórica. Vale decir: no nos parece cierto que las «ideas» sean meros reflejos de lo que ocurre en la estructura social (y no creemos tampoco que ésa haya sido la intención teórica de Marx), pues en ese caso el lenguaje no sería necesario, al menos no más que el pelo, por ejemplo, y los seres humanos habrían llegado al capitalismo sin intercambiar una sola palabra. La relación entre la estructura y la ideología –en este caso analizamos sólo la ideología en tanto «ciencia», pero vale igualmente para cualquier teoría o conjetura no científica– es una relación necesaria y no contingente para el desarrollo de la historia de los colectivos humanos. Por eso, los seres humanos tenemos historia y los animales sólo «evolución» [aunque sólo el diablo sabe lo que habremos ganado con ello]. Pero, en cualquier caso, para que un discurso tenga una consecuencia visible y cercana –de modo que no pueda pensarse en una casualidad– parece claro que debe actuar en una realidad que le presente las condiciones para establecer el cambio.

Así, las alas de Ícaro están más lejos del Airbus que el helicóptero de Leonardo, que a su vez está bastante más lejos de él que el «*Spirit of Saint-Louis*». Esto ocurre porque el lenguaje acepta formas gramaticalmente correctas, que aunque no tengan sentido práctico en un momento, como un hombre surcando el cielo, bien pueden tenerlo en otro. No obstante, ello no prueba necesariamente el despliegue positivo de la historia, pues este «sendero» evolutivo de las técnicas de aero-transportación no es sino una construcción discursiva: entre las alas de Ícaro y el helicóptero de Leonardo hay una diferencia sustancial en el uso del lenguaje y de las prácticas: las alas de pluma y cera son un mito, que hace referencia a un campo teológico y simbólico, mientras que el helicóptero era ya un intento técnicamente serio de crear un ingenio volador y, aunque los materiales no fueran nuevos, este intento tenía su lógica en el «mundo», vale decir «en las relaciones socia-

les», en las que Da Vinci estaba situado, y otro tanto vale para el primer vuelo interoceánico o los masivos tráficos aéreos de la actualidad.

En forma similar, las teorías que tratan de dar forma aprensible a la sociedad (no sólo las sociológicas, también las políticas, económicas, médicas, jurídicas, ambientales, etc.), precisamente porque afectan a estructuras cercanas y variables con el mero expediente de cambiar las actitudes cotidianas, producen una serie de cambios no previstos por ellas mismas más inmediatos e importante en las estructuras ⁵⁹. La teoría marxista lo hizo simplemente al alterar las percepciones que las clases obreras (¡y también las de las clases burguesas, que tanto aprendieron en 1848 ⁶⁰) tenían de su situación: las relaciones políticas quedarían afectadas por completo, por lo que la estructura misma de la sociedad habría cambiado, aunque de un modo no revolucionario.

Es interesante observar al respecto que, pese a haber sido una de las teorías más impugnadas y detestadas, combatidas y despreciadas, la teoría marxista de la sociedad es una de las teorías más longevas en occidente, si se la piensa en relación con las teorías que imperaban en diversos campos al ser enunciada como conjunto, digamos, para fijar una fecha algo arbitraria, para la época de la primera edición de *El Capital*, pues a partir de entonces Marx no introduce nuevos elementos importantes a su teoría social en general. La biología, la química, la astronomía, la física, todas estas ciencias duras han experimentado revoluciones internas más decisivas que el marxismo, que a su vez significó una revolución completa en la sociología, aun cuando arrastrara defectos ideológicos importantes ⁶¹.

Pero incluso el portentoso poder explicativo del materialismo dialéctico no podía prever el plástico o la bomba H, subproductos de otras teorías, y ni siquiera los efectos del uso extendido del petróleo como fuente principal de energía ⁶²; menos podía prever la influencia de sus propias ideas

⁵⁹ Actualmente se debate el problema del envejecimiento de la población mundial (especialmente problemático para las sociedades que tienen sistemas financieros para sostener a la población económicamente pasiva) que es un efecto no deseado de la prolongación de la esperanza de vida, resultante de un complejo sistema de cambios sociales.

⁶⁰ Debemos esta observación a la Prof. Susana Murillo de la Universidad de Bs. As.

⁶¹ Luis Zúñiga, en el prólogo a la División del Trabajo Social de Durkheim (op. cit.), establece claramente que buena parte de la sociología actual se yergue sobre los hombros del marxismo, ya como fuente de inspiración o como espacio de enfrentamiento. A la misma conclusión llegan M. Harris (*El desarrollo de la teoría antropológica*), op. cit.) y D. BELL (*La sociedad pos-industrial*, op. cit.).

⁶² Existe un auténtico «velo» ideológico respecto de esta circunstancia infraestructural, pero pueden apreciarse los efectos de la misma en los momentos de cambios bruscos en el costo de este

en la formación de sociedades alternativas a las burguesas y mucho menos todavía los efectos de sus propios errores de percepción de la realidad. La inexistencia de una teoría consensuada en relación con estos asuntos nos impide, en todo caso, comprender estos problemas más que de un modo provisional.

5. DEL «DEBER» DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO AL «QUERER» DEL DISCURSO POLÍTICO

Queda, no obstante, una dimensión importante en la dialéctica entre el saber y el discurso, pues no en todas las circunstancias se relacionan de idéntica forma. Esta dimensión conlleva y convoca una extraordinaria complicación de las categorías y toda separación tajante es necesariamente ahistórica, dado que tampoco somos capaces de rastrear todas las circunstancias relevantes en las que los discursos oscilan entre unas y otras.

De modo abstracto, no general, el conjunto del saber que se considera científico queda ligado a un deber epistemológico, que es, a su vez, político. El deber epistemológico se encuentra relacionado con el valor «verdad», dimensionado en un contexto histórico, y remite a un conjunto de reglas que debe seguir una conjetura para instalarse como este tipo de saber «verdadero» en un ámbito teórico e institucional, lo cual implica: *a)* una pugna con los saberes establecidos y *b)* un cambio en las relaciones intelectuales en el cuerpo institucional «verificador», que de aceptar el nuevo conocimiento como «verdadero» debe, al menos, incorporarlo para futuras verificaciones y contrastaciones, lo cual implica negar y reemplazar una parte de sí mismo ⁶³.

Ambos aspectos implican efectos políticos en la comunidad científica ante la cual la propuesta del nuevo saber es presentada como tal. Esto es así porque dicha comunidad científica es también una comunidad política respecto de una determinada sección del universo —en este caso un área de estudio—, que a su vez se encuentra localizada necesariamente en un contexto social más amplio.

insumo esencial. Quizás nos hallamos a las puertas de un nuevo régimen mundial de administración del crudo (este texto fue redactado antes de que se desatara la invasión a Irak por parte de los EUA y sus aliados).

⁶³ Muy interesante es, al respecto, la descripción de WRIGHT MILLS en *La Imaginación Sociológica*, op. cit.



Esta comunidad contrasta la nueva conjetura no sólo con la «realidad» existente (*i.e.* el cuerpo de discursos aceptados como conocimientos legítimos hasta ese momento), a fin de verificarla y juzgarla, sino, principalmente, con las reglas epistemológicas imperantes en su seno, lo cual puede resultar en una validación de una investigación aunque sean rechazados sus resultados ⁶⁴. Curiosamente, esto conlleva un cierto grado de conservadurismo político inherente en una comunidad que presuntamente apunta a su superación permanente (al menos en el espacio de la ciencia tal y como se la comprende en la actualidad, que busca más que ninguna otra forma del saber la transformación de la realidad, empujada por la necesidad sistémica de encontrar nuevas fuentes de ganancias económicas). Esto es así porque cuanto más profundo sea el cambio introducido por las nuevas conjeturas en los viejos saberes más probable resulta que el propio mecanismo de legitimación se encuentre en peligro de ser impugnado. Lógicamente, hay también aquí una influencia estructural considerable, relacionada sobre todo con la cantidad de recursos que decidan volcarse a la investigación y el desarrollo tecnológico. Con todo, en ningún caso puede el saber científico renunciar a desplegar el conocimiento, pues lo que caracteriza a la ciencia no es su «conocimiento» ⁶⁵, sino su vocación de conocer.

Toda otra forma de acercamiento al ser es y expresa discursivamente también un conjunto de conocimientos. Sin embargo, lo que caracteriza a la ciencia es el intento constante e institucionalizado de trascender el conjunto de conocimientos de los que se dispone en un momento dado, profundizando en aspectos descuidados de las teorías existentes o refutando a las mismas y reemplazándolas por otras, más eficaces para interactuar materialmente con el mundo ⁶⁶, lo cual implica una más o menos limitada transformación del mismo y, como consecuencia, la re-evolución en un sentido que tenderá a limar la base de justificación de las nuevas teorías.

⁶⁴ Existe una importante variabilidad en cuanto a los cánones epistemológicos, dependiendo del área de estudio. Poderosas razones ideológicas y económicas colaboran para determinar estas diferencias.

⁶⁵ La teología, la filosofía e incluso la epistemología también «conocen» el universo, de modo que lo que distingue a la ciencia no es en ningún caso su calidad de «saber», sino acaso su promesa de «saber más» en un progreso *a priori* indefinido de crecimiento.

⁶⁶ La renovación discursiva y la aplicabilidad material son dos aspectos del mismo mecanismo en la ciencia que más «interesa» y que dispone de los mayores recursos, precisamente porque proporciona mayores beneficios.

Pero entre esas otras formas de expresarse sobre el mundo una de ellas es, precisamente, la del discurso político, que trata básicamente de expresar una voluntad deóntica, transformadora o conservadora. Sencillamente, no trata de explicar el «mundo», en este caso un universo social determinado, sino de expresar como considera que el mundo que es, sin atender a sus cambios, debe ser, proponiendo (o no) mecanismos institucionales para alcanzar el «deber ser».

Por supuesto, existe una restricción moderna al concepto del discurso político, de donde quedan excluida la magia y la teología. No obstante, no es necesario sumergirse en el abismo del pasado para comprobar que esto no siempre fue así ⁶⁷. En líneas generales, hoy son la ciencia y la tecnología quienes reemplazan a la teología y la magia en las funciones relativas a la administración de los bienes políticos –que necesariamente cristalizan en discursos más o menos elaborados, pero que últimamente tienden a una súper simplificación apabullante– y no hay por qué afirmar que se ha ganado con el cambio sino a un nivel instrumental: la manipulación de los discursos morales no es menos tendenciosa en los estudios de televisión que en los templos de la antigüedad. En ambos casos se trataba de mantener un control hegemónico sobre el valor «verdad», sólo que en un sentido mucho más estático que en el más anquilosado espacio científico, pues aunque la velocidad de los cambios objetivos en las condiciones sociales en la actualidad contrapese esta tendencia al estatismo de los discursos políticos, su lógica de funcionamiento tiende a sacralizar las «verdades» más pueriles, en donde la entonación forzada, el falso enojo, la condena hipócrita y la reiteración constante de consignas baratas son los signos más destacados de la retórica institucional, que sólo sirven para encubrir los tratados realizados «bajo cuerdas». Hay que decir, no obstante, que en períodos de Crisis Orgánica ⁶⁸, que suelen estar signados por la aparición de movimientos sociales de gran alcance y con una penetración intelectual más firme, esta chatura de la política se rompe, lo cual no es para sorprenderse: un movimiento es revolucionario sólo si apunta a subvertir las estructuras sociales y, por lo tanto, su discurso es, por naturaleza, subversivo, crítico, dinámico y atento

⁶⁷ Algunos de los más relevantes líderes mundiales occidentales (mal que nos pese) continúan utilizando fórmulas religiosas en sus discursos políticos, incluso antes de acusar a otros –los «enemigos», en la lógica de CARL SCHMITT en *El Concepto de Lo Político* (Alianza, Col. Ciencias Sociales, Madrid, 1991)– de fanatismo religioso. El auge del *God Bless America* es quizá el ejemplo más relevante al respecto.

⁶⁸ Cfr. A. GRAMSCI (obras citadas).

a las mejores formas de causar la más amplia y profunda convicción; frente a un movimiento así, necesariamente la posición conservadora debe renovar y ejercitar sus propias estructuras si pretende sobrevivir ⁶⁹.

Con todo, la política, la economía como práctica y, no casualmente, el mundo jurídico, deben referirse constantemente a la ciencia –y lo hace con tanta naturalidad como los príncipes del pasado recurrían a la religión–, pues es el único ámbito que, mejor o peor, intenta seguir el ritmo de un mundo que cambia en forma constante, empujado por una lógica de desarrollo a la que, a nuestro entender, sólo el marxismo –sobre todo en su influencia y sus evoluciones, pero partiendo siempre de *El Capital*–, ha dado una explicación razonable y coherente ⁷⁰. En un mundo social empujado por nuevas relaciones económicas y un dinamismo estresante ⁷¹, las formas tradicionales estáticas de legitimación del discurso político, socio-económico o jurídico no son suficientes, pues estos discursos no se bastan a sí mismos: al contener modelos formativos que tienden al estatismo no asimilan bien las transformaciones constantes de la sociedad ⁷².

De allí que exista toda una pléyade de consultores, asesores, investigadores y peritos al servicio de las instituciones encargadas de regir los distintos ámbitos, pléyade que constituye la contra-cara dinámica de las organizaciones burocráticas necesarias para las mismas instituciones. Ambos polos de la institucionalización se encuentran, claro está, un escalón por debajo de quienes detentan el mayor diferencial de poder, es decir, los que «deciden» las direcciones que las instituciones tomarán, luego de que la información relevante les es filtrada por una serie de operarios y asesores ⁷³. Estos directivos, en definitiva, son quienes inician la cadena que terminará en la distribución de recursos (y esto tanto en el ámbito gubernamental

⁶⁹ Poca sorpresa debe causar entonces que los movimientos revolucionarios tengan un no-sé-qué de movimiento religioso, y no por casualidad todos los grandes movimientos religiosos resultan revolucionarios. Nuevamente, el 18 Brumario y La Guerra Civil en Francia (obras citadas) son documentos sumamente aleccionadores.

⁷⁰ La estupenda reconstrucción de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de M. WEBER (en: *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, Tres volúmenes, ed. Taurus, Col. Ensayistas - 236/8. Madrid, 1988) ha servido para enriquecer pero no para reemplazar a la teoría marxista en este aspecto.

⁷¹ El estrés es el cúmulo de disfunciones que se presentan en un organismo ya estructurado para adaptarse a una nueva circunstancia, de modo que utilizamos el término como epíteto y no como metáfora.

⁷² De hecho, en general lo hacen muy mal.

⁷³ «La clase dirigente es y será cada vez más la de los “decididores”», nos dice J-F. LYOTARD en *La condición postmoderna* (Op. cit.) p. 35.

como en el privado productivo-financiero), que alimenta la formación y mantenimiento de los «asesores» y los «burócratas»⁷⁴.

Así se despliega la dialéctica de las relaciones sociales que quiebran el modelo de «mandatario» y «ejecutor», agregándose el elemento dinámico del «asesor»⁷⁵. Todo ello, a su vez, empotrado sobre las relaciones específicas de producción y regulación que caracterizan al capitalismo contemporáneo⁷⁶. El hecho de que el Águila del Mando descienda sobre quienes toman decisiones en las grandes corporaciones económicas en desmedro de los líderes políticos, en el ámbito de una degradación relativa del poder estatal frente a estas corporaciones, no es sino el resultado del desarrollo de una nueva fase regulatoria en el capitalismo. Finalmente, de la asignación de recursos pública y privada desarrollada a partir de las decisiones políticas se articula el complejo pedagógico de producción de expertos e investigadores y el desarrollo de las investigaciones que producen, además de resultados técnicos, información para quienes toman decisiones.

De este modo, el saber científico y el deber político se encuentran fuertemente interconectados, en una relación que no es contingente ni aleatoria, aunque no puedan preverse sus resultados. Pero aun cuando las «verdades» políticas se encuentran sustentadas en las «verdades» científicas, las primeras se presentan siempre como necesidades, pues la naturaleza del discurso político tiene como objetivo el convencimiento y no la demostración y, por supuesto, no se presenta jamás como un contenido falsable. Aun cuando el convencimiento que se busca es tan limitado como para procurarse sólo unos cuantos votos más y no una completa vocación partidaria, el uso de las otras «verdades», las técnicas, se encuentra presente, e incluso cuando se miente descaradamente son tenidas en cuenta, pues para mentir en toda regla es necesario poseer la información que se considera correcta. Los movimientos revolucionarios, por otra parte, necesitan convencer de

⁷⁴ En el modelo soviético, el peso estático de la burocracia gobernante terminó por estrangular las vías de innovación, pues la «cooperación» entre ambos polos nunca está exenta de una fricción importante: la tarea de los asesores tiende siempre a afectar algún ámbito en el que la burocracia tiene jurisdicción y parte.

⁷⁵ Por supuesto, hacemos referencia al aumento de la importancia relativa de éstos, no a su completa novedad, ya que toda organización política compleja ha precisado de estos asesores para su funcionamiento.

⁷⁶ Cfr. BOAVENTURA DE SOUSA: *La globalización del Derecho* (ILSA, Colombia, 1998). El autor utiliza el concepto «modo de regulación» desempotrándolo de sus orígenes económicos, pues su objetivo está puesto en los efectos socio-jurídicos. Para la caracterización del «régimen de acumulación» correspondiente no queda más remedio que referirse a los autores de la escuela regulacionista.

manera más activa, con el objeto de modificar la correlación de fuerzas y por ello el ejercicio de la propaganda, la «educación», e incluso la coacción interna es en ellos más acentuada ⁷⁷.

Pero por ello también la eclosión de un movimiento revolucionario, cuando tiene posibilidades de crecimiento, se encuentra acompañada de un despliegue intelectual importante, tanto en materia de filosofía y ciencia básica, como en teoría general y aplicada. El Renacimiento, la Ilustración, el Positivismo y –sí, también– el Marxismo, son ejemplos históricos de estos procesos, al punto tal que a menudo se confunde a las escuelas intelectuales con los movimientos sociales y políticos con los que interactúan ⁷⁸. Lo cierto es que los movimientos intelectuales suelen tener en estas circunstancias, en tanto discursos que luchan por hacerse con la legitimidad hegemónica, una gran capacidad performativa, de modo que la Utopía pasa a tener un grado de operatividad importante ⁷⁹.

De este modo, las promesas utópicas, que son construcciones discursivas con sentido político, destinadas a convencer y no a demostrar, pueden dar lugar a políticas científicas tendentes a demostrar, pero que pueden resultar extremadamente dañinas y contraproducentes. Tal parece ser el caso de las promesas de mayor desarrollo económico en el Socialismo de Estado (nuestra Desviación Positivista), aunque otro tanto ha ocurrido con las promesas políticas del Iluminismo y el Liberalismo. El fracaso de las promesas de estas corrientes es tan evidente y profundo como el del Marxismo, sólo que su victoria política opaca esta cuestión, en especial en lo que hace a las promesas de desarrollo social del liberalismo. Los primeros marxistas pudieron captar esta tendencia del discurso político a apropiarse de las «verdades», por lo que rápidamente intentaron clausurar el espacio de discusión –una clausura eminentemente política–, anunciándose como «Socialismo Científico», es decir, como el socialismo que portaba la verdad en base a la mejor disposición de sus elementos técnicos en relación con la realidad.

⁷⁷ Los burgueses moderados podían escandalizarse ante el terror jacobino, pero lo cierto es que lo necesitaban. Por otra parte, tanto el partido nacional-socialista alemán de Hitler como el movimiento Bolchevique de Lenin hicieron gala de un uso científico nunca antes desarrollado de la propaganda política. Es ciertamente alarmante que la política actual haya utilizado y perfeccionado estos auténticos dispositivos de control de las conciencias.

⁷⁸ Marx, Engels, Lenin, Trotsky o Rosa Luxemburg, por ejemplo, tuvieron una actuación igualmente destacada en el campo intelectual y en el político.

⁷⁹ Lo cual no implica el mismo grado (ni ningún grado) de viabilidad.

Por supuesto, disciplinas como la sociología o la antropología –y también el estudio del ámbito jurídico, aun cuando sus teorías no introducen el conflicto social entre sus supuestos básicos– cuyas preocupaciones se encuentran en el seno mismo del conflicto, presentan una mayor tendencia que otras materias a confundir el saber científico con el deber político, pero en realidad ninguna disciplina está exenta de esta discusión interna, aunque no sea más que porque en las instituciones donde se reúne a los conocedores de determinada área de conocimiento éstos se encuentran entablado entre sí relaciones políticas además de intelectuales, en donde la apropiación de los recursos distribuidos desde la esfera de quienes toman decisiones no deja de incluirlos en luchas, a veces feroces, por convencer (confundido aquí con *demostrar*) acerca de la utilidad de sus respectivos estudios o departamentos de estudios, a fin de ser tenidos en cuenta al momento de asignarse las partidas presupuestarias. Esta tarea es, ya por definición, política y no científica, pues esta última busca la demostración o la falsación, pero no la convicción por sí misma.

Estas observaciones deben valer para cualquier disciplina, aunque se presente bajo un aspecto más filosófico, pues las mismas determinaciones afectan a un estudio de tipo empírico que a una indagación filosófica o conjetural. La crítica al materialismo histórico de Marx es, en relación con su capacidad transformadora «opaca», extensible a cualquier discurso operativo de gran alcance, sin que importe verdaderamente el grado de abstracción de sus afirmaciones, pues lo que resulta decisivo es la extensión de sus derivaciones y aplicaciones. En este sentido, y a manera de conclusión, es muy amplio el espacio para pensar los efectos de los discursos y las teorías desarrolladas en torno a los fenómenos jurídicos y tal vez valdría la pena intentar acercar por esta vía campos discursivos que se han mantenido apartados por la virtud ideológica de las verdades absolutas y de los discursos perfectos siendo, como son, no más estables e inmutables que la propia historia del ser humano. De los efectos y consecuencias de este encuentro, lógicamente, nada sabemos.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir: *Eurocentrism*, Zed Books, Londres, 1989, traducido del original en francés al inglés por Russell Moore.
- BELL, Daniel: *La sociedad pos-industrial* [1970], Alianza, Madrid.

- BERGER, T. y LUCKMANN P.: *La construcción social de la realidad*, Amorrutu-Murguía, 7.^a reimpresión, Madrid, 1984. Traducción: Silvia Zuleta (1.^a edición en castellano: 1968).
- BOAVENTURA DE SOUSA, Santos: *La globalización del derecho*, ILSA, Colombia, 1998.
- BOURDIEU, Pierre: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Laia, Barcelona, 1977.
- BRUUN, Geoffrey: *La Europa del Siglo XIX (1815-1914) [1959]*, FCE, Bs. As. 1999.
- CASTELLS, Manuel: «Globalización, Estado y Sociedad Civil: el nuevo contexto histórico de los derechos humanos» en *segoría*, núm. 22 (2000). pp. 5-17.
— *La era de la información*, Alianza, Madrid, 2.^a edición 2000, tres volúmenes. Trad. C. Martínez Gimeno y J. Alborés.
- COLE, M. y ENGESTROM, Y.: «Commentary» *Human Development*, 38, pp. 19-24. Citado en *Psicología Evolutiva I*; vol. 2 *Desarrollo social*. P. Herranz Ybarra y P. Sierra García. UNED. Madrid, 2002, pág. 39.
- CORLAT, David: *El Taller y el Cronómetro. Ensayos sobre el Taylorismo y el Fordismo*, Siglo XXI España, Madrid, 1991, 7.^a ed.
- DERRIDA, Jacques: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Trotta, Madrid, 1995. Trad.: J. M. Alarcón y C. De Peretti.
- DURKHEIM, Emile: *Formas elementales de la vida religiosa (el sistema totémico de Australia)*, Akal, Madrid, 1982. Trad.: Ramón Ramos.
— *La división del trabajo social*, Akal, Madrid, 1987. Trad.: Carlos Posada. Estudio preliminar: Luis Zúñiga.
— *Las reglas del método sociológico*, Morata, Madrid, 1986. 5.^a ed. Trad.: L. E. Echevarría Rivera.
- ENGELS, Friedrich: *Dialéctica de la naturaleza*, Akal, Madrid, 1978.
- GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1997.
- GRAMSCI, Antonio: *La política y el estado moderno*, Península, Barcelona, 1971. Trad: J. Solé-Tura.
— *Cuadernos de la cárcel*, Era, Bs. As., 1987.
- HABERMAS, Jürgen: *Autonomy and solidarity*, Verso (New Left Books), Londres, 1992.
- HARRIS, Marvin: *El desarrollo de la teoría antropológica (una historia de las teorías de la cultura)*, Siglo XXI España, 1998, 4.^a ed., castellana. Trad.: R. Valdez del Toro.
- HERRANZ YBARRA, P. y SIERRA GARCÍA, P.: *Psicología evolutiva I*. vol. 2 *Desarrollo Social*, UNED, Madrid, 2002.
- HEGEL, F. W.: *Filosofía del Derecho*, Claridad, Bs. As., 1955.

- KUHN, Thomas S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971 (imp. 1997).
- LENIN V. I.: *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*. Ed. informática 2001, marx2mao.org.
- LYOTARD, Jean-François: *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1989. Trad. M. Antolín Rato.
- MANDEL, Ernest: *Iniciación a la economía marxista*, Nova Terra, Barcelona, 1975. Trad.: A. Redondo.
- MARX, Karl: *El Capital. Crítica de la Economía Política*, ed. EDAF Madrid, 1972. Varios traductores. Contiene un estudio preliminar de Schumpeter.
- «Elementos fundamentales para la crítica de la economía política», *Grundrisse* 1957-58, ed. Siglo XXI, México, 1989. Trad.: J. Aricó, M. Murmis y P. Scarón.
- *A contribution to a critique of the political economy*, Foreign Languages press. Pekin, 1976. Prepared © for the Internet by David J. Romagnolo, (June 1997).
- *La cuestión judía*, www.Marx2mao.org, edición informática.
- *La guerra civil en Francia*, www.Marx2mao.org, edición informática.
- «El 18 Brumario de Luis Bonaparte» en *Marx, Páginas escogidas*, Need. Bs. As., 1999. Trad.: E. Mazar.
- MARX, Karl y ENGELS, F.: *La ideología alemana*, L'eina, Barcelona, 1988.
- *El manifiesto del Partido Comunista*, Ayuso, Madrid, 1975. Trad.: W. Roces.
- MARX, Karl y HOBBSBAWM: *Formaciones económico-sociales precapitalistas*. P & P: Bs. As. 1989.
- MUMFORD, Lewis: *Técnica y civilización*, Alianza, Madrid, 1971. 5.ª reimp. 1992. Trad.: C. Aznar de Acevedo.
- MILLS, Charles Wright: *La imaginación sociológica*, FCE, México, 1987.
- POULANTZAS, Nicos: «El examen marxista del estado y del derecho actuales y la cuestión de la "alternativa" [1964]. En *Marx, el Derecho y el Estado*, Tau, Barcelona, 1969. Trad.: Juan Ramón Capella.
- SCHMITT, Carl: *El concepto de lo político*, Alianza, Col. Ciencias Sociales, Madrid, 1991. Trad.: Rafael Agapito.
- WALLERSTEIN, Immanuel: *El moderno sistema mundial* [1974], Siglo XXI, Bs. As. Trad.: Antonio Resines.
- WEBER, Max: *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, tres volúmenes, Taurus, Col. Ensayistas-236/8, Madrid, 1988. Trad.: José Almaraz.
- *Economía y Sociedad*, FCE, México, 1992.

